

Todo Vale en el
Amor
y en la Guerra

SAMANTHA
HOLT

Todo vale en el amor y en la guerra

La cláusula de la herencia

Samantha Holt

Derechos de autor © 2019 Samantha Holt

Copyright © 2019 Samantha Holt Reservados todos los derechos. Ni este libro, ni cualquier parte del mismo, puede ser almacenado ni reproducido -tanto de manera electrónica, mecánica, fotocopia o cualquier otro sistema- sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto en los casos que establecen las leyes de derechos de autor de los Estados Unidos de América. Editado por Dom's Proofreading Revisión Destini Reece y Em Petrova Portada LoveBooks

Contenido

[Todo vale en el amor y en la guerra](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Epílogo](#)

Capítulo uno

Londres, 1818

Theo se mantuvo en calma e ignoró a su hermana Angel, que estaba intentando colarse en su despacho de una manera bastante poco delicada. Sus otros dos hermanos continuaron manteniendo la atención en el señor Barton, el abogado de la familia, hasta que Angel se sentó en su asiento.

Una arruga apareció entre las cejas ligeramente sudorosas del abogado, que miraba los papeles frente a él aparentemente ajeno al retraso de su hermana. Theo apretó los labios. No era el mejor día para llegar tarde.

—Llegas tarde —susurró su madre a Angel mientras el abogado revolvía unos papeles.

—Bueno, veré... es que tuve un problema con mi peinado. Y entonces, vi a la señorita Newhurst cuando estaba a punto de marcharme y, naturalmente, no podía ser grosera. También tuve complicaciones con el carruaje...

La charla cesó abruptamente. Con un poco de suerte, su madre le había lanzado una de sus miradas fulminantes y ella había tenido que dejado de dar explicaciones. Por mucho que todos consideraran que Angel era encantadora, cada cosa tenía su momento y su lugar, y ese no era el caso.

Lanzó una breve mirada a sus hermanos Minerva y Seth lo suficientemente rápida como para que ninguno se diera cuenta. Él era el cabeza de familia y tenía que darles ejemplo. Ambos eran rubios como él, y compartían un físico similar, sin embargo eran completamente diferentes. Seth era como la definición de diccionario de un libertino, y la pobre Minerva... bueno, su vida nunca había vuelto a ser la misma desde que sufrió un secuestro siendo niña.

El abogado se aclaró la garganta. Theo frunció el ceño. Las manos del señor Barton temblaron un poco mientras volvía a barajar los papeles sin que Theo entendiera la razón. Trataba con el señor Barton con regularidad y, aunque la lectura del testamento no era un asunto agradable, no parecía que hubiera necesidad de ponerse tan nervioso.

—Bueno, ahora que estamos aquí todos, ¿podemos comenzar? —Preguntó el señor Burton mirando a Theo.

Theo asintió rígidamente.

—Con vuestro permiso. —El abogado se arregló la corbata y se subió unos delgados anteojos a la nariz—. Como sabéis, vuestro abuelo no tuvo hijos varones, ni tiene parientes masculinos que pudieran recibir su herencia.

Theo resistió la tentación de pedirle al señor Barton que fuera directamente al meollo del asunto. Ese día pensaba hacer varias visitas y aún tenía muchas cartas que contestar. El dinero del abuelo pasaría a su madre o a él mismo, por ser el nieto varón mayor. No estaba seguro de por qué algo así tenía que ser tan complejo.

El señor Barton centró su atención en su madre.

—“Mi hija heredará una suma de mil libras al año durante el resto de su vida, así como mi querida casa familiar: Holbury Hall.”

Aunque su madre no reaccionó visiblemente, era un alivio para todos. Al menos ya no tendría que preocuparse por mantenerla económicamente. Con las grandes deudas que tenía su

patrimonio por culpa de su difunta esposa, era un enorme esfuerzo mantenerlo a flote, además de a sus tres hermanos y a su madre.

Aunque sus hermanos habían hecho todo lo posible por reducir sus gastos, todavía seguían llevando una vida lujosa. Aunque Theo creía si les explicaba lo cuantiosas que eran las deudas podrían esforzarse más.

Pero ese era un asunto del que se debía ocupar él. Y no ellos. Finalmente, no habían sido tan insensatos como para casarse con una mujer que resultaría ser una de las personas más deshonestas que había conocido jamás.

El señor Barton se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse la frente. Theo tuvo que resistir la tentación de acercarse. No conocía todos los detalles de las finanzas de su abuelo, pero existía una posibilidad muy real de que con su herencia se pudiera salvar el patrimonio de la familia. Contuvo la respiración.

—“Y finalmente, yo, George Lockett, decreto que mis nietos, aquí nombrados, hereden el resto de mi fortuna en su totalidad, siempre que cumplan con los siguientes términos.”

Theo se quedó paralizado, y fue soltando lentamente el aire que había estado reteniendo. No esperaba algo así, pero supuso que no sería tan malo que se dividiera la herencia. Así ya no tendría que preocuparse de sus hermanos.

Antes de que Theo pudiera pedir más detalles, el señor Barton continuó.

—“Cada uno debe completar su tarea a satisfacción de mi abogado, o perderá su parte de la herencia.”

Theo tiró de su chaqueta. ¿Perder? ¿Qué diablos quería decir eso? Miró alrededor de la habitación. Minerva frunció los labios y enseguida se quedó boquiabierta. Seth se inclinó y se reclinó en su silla.

Angel les dirigió a todos una mirada amarga, resopló y levantó un dedo.

—Señor. Barton, si me permite, ¿qué quiere decir con “tarea”? ¿Y a quién se le devolverá el dinero?

El abogado se movió en su asiento y examinó el papel que tenía delante.

—Estaba justo... uhm... a punto de llegar a eso.

—¿Entonces...? —Insistió Angel.

—Angel —le susurró su madre.

Angel se cruzó de brazos haciendo un puchero y se dio unos golpecitos con un dedo.

—Vamos a ver. —La frente del señor Barton se arrugó—. Ah.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Theo mostrando un atisbo de irritación en la voz.

—“Si no podéis cumplir con vuestras tareas a mi satisfacción, toda la herencia restante se otorgará al señor Hastings.”

Un fuerte suspiro resonó por toda la habitación. Theo cerró una mano con fuerza. ¿Qué demonios? Eso no podría ser correcto. El abuelo detestaba al señor Hastings.

—Eso es absurdo —espetó Theo.

—Theo —lo regañó su madre.

—¿En qué diablos estaría pensando el abuelo? —Murmuró Seth.

Minerva negó con la cabeza.

—Esto no puede estar bien. Jamás le dejaría su dinero a ese hombre.

El señor Barton se encogió de hombros.

—Su voluntad es bastante clara. Si fracasan, heredará el señor Hastings.

—Si ni siquiera pertenece a la familia —dijo Theo con un tono amargo.

Especialmente después de haberse separado de su prima y provocar un gran escándalo en la

familia al intentar divorciarse para escaparse con la niñera a Irlanda. Desde hacía más de cinco años el señor Hastings ya no formaba parte de la familia, y a su abuelo le enfadaba ese asunto tanto como a ellos, especialmente después de que su pobre prima falleciera solo seis meses después de lo ocurrido.

—Dijo que había tareas, ¿verdad? —Seth se reclinó en su silla y agitó una mano—. Haremos lo que sea que el abuelo quisiera de nosotros, y ese será el final del asunto.

El señor Barton hizo una mueca.

—Bueno, ah, las instrucciones son extremadamente específicas. Los cuatro nietos deben completar sus tareas dentro de los dos meses posteriores a esta lectura.

Seth parecía satisfecho.

—Parece bastante fácil.

—Quizás para ti —dijo Theo—. Tienes pocos compromisos.

A su hermano y hermanas todo les iba bien. No tenían que emplear todo su tiempo en intentar mantener a flote a la familia y a su legado.

—Yo me había ofrecido como voluntaria para ayudar a lady Whitbury a reorganizar su biblioteca. Difícilmente puedo echarme atrás ahora —se quejó Minerva.

—Estoy segura de que podrá sobrevivir sin ti, Minnie —dijo Angel.

—Pero...

Su madre levantó ambas manos.

—Quizás deberíamos conocer cuáles son estas tareas antes de sacar conclusiones precipitadas.

Theo se enderezó en su asiento.

—Por supuesto. Señor Barton, ¿qué quería exactamente nuestro abuelo de nosotros?

—Hay cartas para cada uno de vosotros... —El señor Barton levantó un montón de cartas—. Cada una describe la tarea que tiene que realizar —dijo y se las entregó

El corazón de Theo dio un pequeño vuelco al ver la letra de su abuelo. En su vida había habido muchos hombres que le habían aconsejado, pero después del fallecimiento del marqués, y que Theo ocupara su puesto, la persona que le daba los mejores consejos era su abuelo. Extrañaba la copa de whisky que ocasionalmente tomaban juntos seguida de las sabias indicaciones de un hombre con una gran experiencia de la vida.

Theo fue a abrir el sello, pero el señor Barton habló apresuradamente.

—Pero antes de que lo hagáis, —el abogado volvió a secarse la frente y a meterse el pañuelo en la manga— debéis comprender que nadie debe conocer vuestra tarea. Las únicas personas que pueden estar al tanto de lo que tenéis que hacer son las personas que están en esta sala, incluyéndome a mí. Ah, y seré yo quien evalúe si la tarea ha sido completada o no

—¿Entonces, podemos hablar de esto entre nosotros? —Aclaró Teo.

El señor Barton asintió.

—Y con vuestra señora madre. Pero con nadie más.

—Bueno, hagamos lo que sea para asegurarnos de que ese hombre horrible no reciba ni un centavo de la fortuna del abuelo.

Minerva abrió su carta y revisó su contenido. Empalideció al instante y movió levemente la cabeza con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa, Min? —Preguntó Seth.

—Yo... —Le agitó la carta—. Quizás deberías abrir la tuya.

Seth puso los ojos en blanco.

—No hay que tener miedo de todo, Min. ¿Qué tan malo puede ser?

Theo observó cómo su hermano examinaba su carta y que también su piel se volvía cenicienta. ¿Qué diablos decía en esas cartas?

—Maldita sea —murmuró Seth.

—¡Seth! —Lo regañó su madre.

—¿Theo? —Angel hizo un gesto hacia la carta que tenía en la mano sin abrir.

Respiró profundamente, sacó una navaja y la metió por debajo del lacre. Leyó la carta rápidamente y se le apretó el estómago. ¡Maldición!

—¿Nadie me dirá lo que dice su carta? —Preguntó Angel.

Su madre tocó la mano de Angel.

—Quizás deberías abrir la tuya, querida.

Las manos de Angel temblaron un poco cuando la abrió. Theo nunca había visto que su vibrante hermana se pusiera tan gris.

—¡No! —Se le escapó sin querer.

—Bueno, ¿cuál es tu tarea? —Preguntó Minerva—. ¿Es realmente horrible?

A Angel le costaba hablar.

—Yo... tengo que conseguir un trabajo.

Seth soltó una risa.

—¿Un trabajo?

Angel lo miró frunciendo el ceño.

—Sí. —Agitó la carta—. Tengo que ser la acompañante de una dama durante un tiempo. — Su ceño se arrugó aún más al ver que su hermano no conseguía contener la risa—. No es gracioso. —Señaló con la cabeza hacia la carta—. De todos modos, ¿qué dice la tuya?

—Yo, querida hermana, me temo que no solidarizo contigo, porque yo... —inspiró profundamente y el aire raspó su garganta seca— debo estar comprometido para casarme dentro de dos meses.

Theo tuvo que aguantarse las ganas de apretarse las sienes, pues comenzaba a sentir dolor de cabeza. Seth no estaba en condiciones de casarse, y lo último que Theo quería para su hermano era que lo obligaran a desposarse con alguien a quien no amara. Conocía perfectamente lo que era estar atrapado en un matrimonio sin amor.

—Lo siento, Seth. —Minerva le apretó la mano—. No puedo creer que el abuelo te obligue a hacer algo así.

—Yo tampoco —dijo suspirando.

Minerva se llevó un dedo a los labios.

—Quizás... quizás haya una salida. Quiero decir... que obligar a alguien a casarse difícilmente puede ser algo ético, ¿verdad?

—Solo puedo hacer lo que me indique mi cliente. No puedo ayudar en ningún otro asunto legal.

—Solo puedo hacer lo que me ha indicado mi cliente. No puedo ayudar en ningún otro asunto legal.

—Conozco una excelente biblioteca privada —le dijo Minerva a Seth—. Se dice que tiene la mayor colección de documentos legales del país. Deberías solicitar una visita.

Seth negó con la cabeza.

—Preocúpate menos por mí, Min, y más por ti misma. ¿Qué tienes que hacer tú?

Ella se estremeció un poco.

—Tengo... —Tuvo que tragar saliva por el nudo que se le había formado en la garganta—. Tengo que viajar a Escocia para recoger algo que perteneció al abuelo —anunció.

—Oh, Dios —murmuró Angel.

Un pesado silencio invadió la habitación. Minerva difícilmente podía cruzar Londres, y mucho menos ir a Escocia. Su secuestro siendo niña había hecho que le aterrorizaran los viajes y las experiencias nuevas. No la culpaba de eso. Solo tenía ocho años cuando tuvo que ser testigo del asesinato del conductor de su carruaje. Y además, estuvo tres días retenida. Seth y Angel eran demasiado pequeños como para comprender lo que había ocurrido, pero Theo aún recordaba haber salido con su padre a buscarla, temiendo que fuera demasiado tarde y que ya estuviera muerta.

Angel se acercó a ella y le apretó la mano.

—Has estado diciendo que deberías intentar ser más valiente, Min. Quizás esta sea tu oportunidad.

—Me sorprende que mi padre te haya encomendado una tarea así. —Su madre la miró preocupada—. Sabía bien lo terrible que fue ese momento de nuestra vida.

Minerva sonrió, pero Theo se dio cuenta de que sus labios temblaban.

—Todo estará bien, mamá. Como dijo Angel, he estado tratando de ser más valiente. Si el abuelo cree que puedo hacer esto, entonces debo hacerlo.

Los labios de su madre se apretaron con fuerza.

—Casi te pierdo una vez. ¿Y ahora debo permitir que te vayas? —Negó con la cabeza—. ¿Habrás alguna otra manera de hacerlo? —Dijo lanzando una mirada hacia el señor Barton, que simplemente se encogió de hombros.

—Min puede hacerlo —aseguró Seth a su madre—. Es más fuerte de lo que parece.

—Quizás debería ir contigo —sugirió su madre.

Minerva negó vigorosamente con la cabeza, dobló la carta y se la metió en una manga para guardarla.

—Necesitas descansar, mamá. Mi doncella puede acompañarme. Estoy segura de que disfrutará visitando Escocia.

Theo hizo un gesto de disgusto. Eso era cierto. Su madre no podía acompañarla porque la muerte de su abuelo le había pasado factura, y era una persona delicada de salud. Pero por lo que parecía, tampoco ni él ni Seth podrían hacerlo. No le gustaba mucho la idea de que Minerva tuviera que recorrer todo el país, aunque fuera acompañada de otras personas.

Su madre entrelazó sus manos con las de ella.

—Y tendrán que acompañarte algunos hombres fuertes. ¿Quién sabe con qué te podrías encontrar?

—Oh, podría ir el señor Young, que es alto y guapo —sugirió Angel con una sonrisa.

—Que sea guapo no importa —dijo su madre muy firme—. Pero es fuerte.

—¿Lo ve? Voy a estar bien —respondió Minerva con una sonrisa frágil.

Ciertamente esperaba que no estuviera equivocada. El patrimonio de la familia necesitaba demasiado de esa herencia como para permitirse fracasar.

—Theo, estás muy callado —comentó Angel—. ¿Cuál es tu tarea? ¿O nos la vas a ocultar como haces con todo?

Theo sabía a qué se refería. El estado de sus finanzas había sido una revelación reciente, pero lo cierto es que tampoco les había contado toda la realidad. Esa era su función como hermano mayor y como marqués. Lo que menos necesitaban sus hermanos era tener que cargar con semejante tensión.

Apretó la mandíbula y releyó la carta, consciente de que todos lo estaban observando. Aunque ninguno de ellos lo iba a entender.

—Debo regresar a casa —dijo con firmeza.

—¿A casa? —Preguntó Seth—. ¿A Eastbrook Manor?

Theo asintió levemente.

—Bueno, parece que has tenido suerte, hermano —dijo Seth sonriendo.

Theo no quiso recordarles que no había regresado a esa propiedad desde la muerte de su esposa. Ese lugar guardaba demasiados recuerdos dolorosos. Había hecho todo lo necesario para mantener la mansión en funcionamiento, pero a la distancia.

—Debo pasar allí dos meses y organizar un baile de gala para cuando todos hayáis completado vuestras tareas.

Theo se pellizcó la nariz. Nunca en su vida había organizado un baile de gala. Esas cosas habían dependido de su esposa, y desde su fallecimiento había estado demasiado ocupado tratando de reparar todo el daño que le había generado, como para preocuparse de frivolidades.

—Bueno, celebrar un baile será muy divertido —dijo Angel alegremente—. Dios sabe que todos mereceremos bailar cuando todo esto termine.

Theo asintió vagamente intentando ignorar la soga que se le apretaba alrededor de la garganta. Angel tendría que trabajar, Seth tenía que encontrar una esposa y Minerva iba a enfrentarse a los miedos que la habían perseguido durante la mayor parte de su vida. Y él estaba obligado a organizar un baile de gala, pero no estaba seguro de que fueran a tener algo que celebrar.

Capítulo dos

Los adornos dorados que reflejaban la luz señalaban la ubicación de la casa. Eastbrook Manor, la casa ancestral de su familia. Theo observó durante un instante la casa a través de los árboles, y sintió una punzada el estómago que lo dejó con la sensación de que no iba a ser capaz de bajarse del carruaje. Se pellizcó la nariz e hizo un gesto de fastidio. De todas las tareas que les habían encomendado, la suya era la más fácil.

Entonces, ¿por qué sentía que era tan difícil?

Golpeó con los nudillos el techo del carruaje, y se detuvo de inmediato. Enseguida salió ajustándose el sombrero.

—Seguiré a pie desde aquí, George. —Theo señaló el largo camino que conducía hasta la casa—. Continúa y descarga el equipaje cuando lleguéis.

El conductor asintió brevemente.

—Como usted desee, señor.

El carruaje siguió avanzando por el camino lleno de baches hasta que desapareció de su vista tras doblar por una curva. Theo sabía lo que le esperaba a la vuelta de esa curva.

La casa se veía por completo, y allí estarían las piedras de color crema, las altas columnas, las elegantes ventanas de guillotina y esas infames puntas doradas que parecían llamas ardientes situadas en el tejado. Esos pequeños destellos dorados, que había instalado su abuelo como señal de riqueza, se alcanzaban a ver desde muy lejos cuando hacía buen tiempo.

La mansión era una de las mejores de la zona, e incluso varios reyes los habían comentado.

Pero detestaba ese lugar.

Theo salió del camino que conducía directamente hasta la mansión, y comenzó a seguir un sendero apenas visible que cruzaba por el robledal que rodeaba la vivienda. En otros tiempos el camino era mucho más visible, pero hacía muchos años que él y sus hermanos no corrían por ahí, ni jugaban al escondite por el bosque. Aun así, aunque tardara más tiempo, finalmente iba a llegar a la casa.

Sonrió pensativo. Tiempo. Nunca le parecía tener suficiente. Y, sin embargo, ahora que tenía que quedarse en ese lugar, sentía que iba a tener demasiado tiempo libre. Sin embargo, podría seguir gestionando su negocio inmobiliario y controlar bien las finanzas familiares. Con la herencia prometida, siempre y cuando la recibieran, podría saldar parte de la deuda que pesaba sobre su patrimonio, y dar un giro sus inversiones. Con un poco de suerte, antes de que la propiedad pasara a su hermano menor Seth, su herencia iba a estar completamente a salvo.

La verdad es que debía ir directamente a la casa, pues lo mejor era terminar con todo aquello de una vez. No había puesto un pie en sus salones desde la muerte de Julia. Aunque intentaba pensar lo menos posible en su esposa fallecida, no podía escapar del legado que le dejó. Una vez que entrara en Eastbrook Manor, no habría manera de no recordarla. La casa seguiría manteniendo detalles suyos y no podría dejar de evocar su temprano noviazgo. Era mucho más fácil escapar de sus recuerdos en Londres.

Theo aprovechó para disfrutar del calor del sol en su rostro, pues sentía como si estuviera viviendo sus últimos momentos como un hombre libre. El sol brillaba a través del dosel del bosque hasta que de pronto volvió a desaparecer. Se permitió sonreír cuando se acordó de todo lo que había corrido por ese bosque con sus hermanas y su hermano. Lo cierto es que había

momentos, en los que deseaba poder volver a esa época, cuando no tenía idea de cuáles iban a ser sus responsabilidades como marqués. Cuando Julia todavía no había aparecido.

Salió del bosque y entró en los jardines más formales. A la derecha de la casa había varios jardines, y aunque esa zona parecía más salvaje, había sido diseñada con mucho esmero por el famoso Capability Brown.

Más adelante, había levantado un capricho sobre un montículo, donde el césped hacía una curva en dirección a la casa. Después el sendero se abría paso hasta un largo estanque. Aunque la fuente ya no funcionaba, cuando lo hacía, llegaba a una altura que casi ninguna otra fuente del país podía alcanzar. Su padre no había escatimado en gastos en los jardines, y no era algo que Theo pudiera mejorar. Tenían suerte de que todavía no se hubiera visto obligado a vender ningún terreno, ni tampoco antigüedades, y lo había conseguido en exclusiva gracias a su gran dedicación para garantizar que todas las inversiones que tenían rindieran al máximo.

La luz del sol todavía brillaba en el estanque, y por un instante oscureció la vista de la casa. En ese momento, creyó ver unos cisnes en el agua, pero cuando se llevó una mano a la cara y entrecerró los ojos, se dio cuenta de que era una mujer vestida de blanco, que de pronto emergió del agua, completamente ajena a su presencia. Si así eran las cosas mientras él estaba fuera, debía estar agradecido a su abuelo por haberlo enviado de vuelta a la casa familiar. Al parecer, los sirvientes utilizaban el estanque para bañarse.

La mujer se giró y se quedó inmóvil, pero Theo no estaba lo suficientemente cerca como para ver si estaba avergonzada, aunque parecía sorprendida por haber sido descubierta. La mujer permaneció quieta en el punto donde estaba, tapándose la cara con ambas manos. Theo lamentó no haber podido fingir que no la había visto.

Especialmente cuando se dio cuenta de quién era.

Se fijó en que la mancha blanca no era más un trozo de tela mojada que se amoldaba perfectamente a un vientre y unos senos capaces de distraer incluso al hombre más piadoso.

La señorita Lucy Jameson continuó paralizada sin sacarse las manos de la cara. Tenía las mejillas pálidas y sus labios permanecían entreabiertos. Como el agua oscurecía su cabello pelirrojo, casi no la había reconocido. Además, habían pasado más de cinco años desde la última vez que había visto a su tutelada. Ahora ya tendría diecinueve años, y era una mujer adulta. La última vez que había estado en la casa era tan solo una niña.

Los años habían sido generosos con ella. Muy generosos. Tenía una nariz pequeña salpicada de pecas y unos ojos grandes enmarcados por unas espesas pestañas oscuras. El agua chorreaba por su cara, y la escena parecía formar parte de una pintura que merecería estar colgado en alguna de las paredes de la casa.

Ya no era una niña.

Y la situación era de lo más inapropiada.

—Pensaba que usted no llegaría hasta mañana —dijo ella sin aliento.

Theo tuvo que esforzarse para no bajar la mirada hacia la atractiva imagen que se veía por debajo de su escote.

—Terminé con mis asuntos muy pronto, y no tenía sentido retrasar el viaje.

—Ojalá lo hubiera sabido. Es decir... Bueno, habríamos estado más preparados para recibirlo. No es que la casa no esté lista. Siempre está lista para recibir invitados. Es responsabilidad mía. —Respiró hondo—. Siempre me gusta tenerlo todo preparado, ya ve. Planificamos las comidas todos los días y las habitaciones siempre están arregladas. Ya lo verá. —Entonces le sonrió y finalmente dejó caer las manos de su rostro—. Pero, por supuesto, no estaría... uhm... nadando si hubiera sabido que usted estaba a punto de llegar.

Theo se permitió ofrecerle sonrisa ligeramente irónica. La señorita Jameson siempre había sido muy habladora y, aparentemente, los años no la habían cambiado.

—¿Siempre nadas en el estanque?

—Es importante hacer ejercicio, ¿no cree? No soy una gran amazona, así que prefiero nadar.

—¿Y lo haces todos los días?

Theo ignoraba por qué querría saberlo. Quizás era para evitar encontrarse con ella así otra vez. Pero una vocecilla peligrosa del fondo de su mente le decía que era porque quería volver a verla así otra vez.

Enseguida intentó alejar esos pensamientos. Ella era una mujer que seguía estando bajo su protección, era su pupila. Su esposa y él la habían cuidado desde que tenía trece años. Nunca había pensado en lo que significaba tener una protegida, pero sus padres habían sido amigos muy cercanos de la familia de su esposa, y lo había aceptado sin más.

En general, la señorita Jameson le pedía muy poco. Simplemente le enviaba dinero para que mantuviera la casa en funcionamiento.

Bueno, esperaba que todo estuviera en orden. Según las cartas que le había enviado el administrador de la finca, todo parecía ir bien. No sabía lo que podía esperar de una muchacha de diecinueve años, pero confiaba en el administrador de la finca y en su ama de llaves para garantizar que la casa funcionara adecuadamente.

El problema era que casi se había olvidado de que ella también iba a estar en la casa. O, al menos, de que ya no sería una niña que lo ignoraba y correteaba de un lado a otro. Ya no era una niña. Se permitió mirar rápidamente hacia abajo, pero inmediatamente se obligó a llevar la vista hacia arriba. Estaba seguro de que esa imagen lo iba a perseguir durante un buen tiempo.

Pero ella no dio señales de que se hubiera fijado en sus miradas. Su sonrisa amplia e inocente era demasiado confiada, demasiado inocente. Y aunque supiera que no era apropiado que la descubrieran de esa manera, dudaba que supiera el impacto que podía tener sobre él... o sobre cualquier otro hombre. Pero, como vivía en el campo, la señorita Jameson estaba protegida y aislada.

Sabía que era por su culpa. Tendría haberla llevado a Londres para presentarla en sociedad. Pero había estado demasiado ocupado como para siquiera poder pensar en esos asuntos, y mucho menos en cómo iba a financiar su presentación.

—Iba dando un paseo para ir a casa. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que me di una vuelta por los jardines —explicó.

Ella asintió con entusiasmo.

—Los hemos estado cuidando mucho. Como puede ver, todo está muy parecido a como estaba antes de que se fuera.

—Sí, ya lo veo.

De hecho, no parecía que hubieran pasado cinco años. Si no fuera por esa repentina entrada en la feminidad de la señorita Jameson, pensaría que habían sido tan solo unos pocos meses. Todo estaba igual que entonces.

—Ha tenido un largo viaje. Sin duda estará cansado. Volvamos a casa y cuando me cambie podré informarle de todo lo que ha estado pasando.

—Todo lo que ha estado pasando... —repitió.

—Bueno, nada terrible. Pero he tenido que hacer algunos cambios. Por ejemplo, el papel de la pared del salón se estaba despegando. Lo hicimos decorar con una seda maravillosa. Y, por supuesto, algunos muebles tuvieron que cambiarse por estar demasiado viejos. Oh, tal vez

recuerde que también teníamos una pequeña gotera en el techo. Fue reparada hace unos meses. Sin duda el señor Stanton le ha ido explicando los detalles de todo en sus cartas.

—Sí... —dijo vagamente.

Para ser sincero, apenas había prestado atención a las cartas del señor Stanton. No le habría importado que la casa se hubiera derrumbado. Aunque debería haberle preocupado. Eastbrook pertenecía a la familia desde hacía cientos de años y su deber era asegurarse de que permaneciera en pie durante otros cien años más. Observó a la señorita Jameson mientras caminaban de regreso a la casa, que aparentemente no se daba cuenta de que iba empapada y mostraba demasiado su cuerpo, pero estaba muy emocionada por su regreso. No entendía la razón.

Theo la siguió al interior de la casa, y tuvo que evitar mirar su trasero cuando subieron las escaleras. Apretó los puños y dejó escapar un suspiro. Iban a ser dos meses muy largos.

Capítulo tres

El mayordomo la iba a matar, pero Lucy no pudo resistirse a retocar ligeramente la posición de los cubiertos. Todo tenía que ser perfecto. Por supuesto que el señor Barnes iba a decir que todo ya estaba perfecto. Pero es que todo tenía que estar *mejor* que perfecto.

Ahora que el marqués estaba en casa, iba a poder demostrarle el excelente trabajo que había estado haciendo. Durante los últimos cinco años había vivido sola en la mansión, y poco a poco había ido asumiendo más y más tareas hasta convertirse prácticamente en la señora de la casa. No había sido una tarea fácil hacerse cargo de una mansión tan grande como ésta, pero a ella le encantaba el desafío. Cada día había algo nuevo que hacer en esa gran vivienda.

El ama de llaves le decía que toda esa experiencia era buena para ella y que su futuro marido le iba a agradecer que supiera gestionarlo todo tan eficazmente. Lucy intentaba no pensar en eso. Nunca había deseado marcharse de esa casa. Aunque eso significara poder casarse y tener un hogar propio.

Pero en lo que a ella respectaba, ese ya era *su* hogar. Conocía cada centímetro del lugar, cada desconchón de pintura, cada espejo dorado, o cada uno de los rostros que la miraban desde los cuadros y los retratos. Puede que no fuera la casa de su familia, pero era lo único que había conocido desde que tenía trece años. Esa era la casa en la que se había convertido en mujer.

Por eso para ella era muy importante que lord Eastbrook supiera que se había encargado de todo.

Lucy iba de un lado a otro mirando por las ventanas, deteniéndose para observar los jardines y comprobar que los jardineros estaban podando los setos correctamente. No había lacayos en la habitación, pero el mayordomo volvería a atenderlos en cuanto apareciera el marqués. Cuando estaba ella sola en la casa, y ocasionalmente con algunos amigos, no era necesaria una gran cantidad de personal para atenderla. Eastbrook albergaba a unos cuarenta sirvientes, y aunque fuera una cifra generosa, el edificio era muy grande y necesitaba del trabajo de todos.

Llevaba un buen rato sola en el salón donde desayunaban y estaba disponiendo de demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para preocuparse. ¿Qué pasaría con ella si el marqués considerara que no había hecho un trabajo lo suficientemente bueno? ¿Y si pensara que era una insensata? Si lo hubiera alcanzado a verlo un poco antes, habría podido salir del estanque y volver corriendo a la casa para recibirlo de la forma más adecuada. Pero tal como estaban las cosas, probablemente habría pensado que era una niña tonta por estar nadando en el estanque. Pero, ay, para ella era muy importante que la viera de otra manera.

Se apretó el vientre con las manos, respiró hondo y ahuyentó las mariposas que revoloteaban en su interior. Ya no era una niña. Y eso significaba que nunca más volvería a tener enamoramientos infantiles. Cuando recién había llegado a Eastbrook, el marqués de cabello dorado la intimidaba. Siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para la marquesa. Aunque fuera lady Eastbrook quien se ofreció a acogerla cuando sus padres fallecieron, realmente había sido el marqués quien realmente había tenido una mayor influencia en ella, a pesar de que solo había estado durante un año con él.

De todos modos, esos pensamientos pertenecían al pasado. Pertenecían a su juventud. Sí, todavía quería impresionarlo, pero lo único que quería era supiera que había estado cuidando su casa con gran esmero y diligencia.

Y si el marqués tomaba conciencia de eso, supondría que no se le iba a ocurrir hacer que se marchara de la casa. Todos sabían que ella estaba en edad de debutar. Su doncella no dejaba de hablar de ello, y el repentino regreso del marqués había hecho que todo el mundo chismorreara, y la mayoría del personal asumía que había venido a buscarla.

Y que tal vez, solo tal vez, ya tuviera un marido en mente para ella.

Dios, esperaba que no fuera así.

Miró el reloj de la repisa de la chimenea. Suponía que el marqués iba a aparecer temprano y por eso se había levantado de madrugada. Un hombre importante como él seguramente se enfrentaría al día muy temprano. Ella misma solía levantarse lo más temprano posible para continuar con sus obligaciones. Y, sin embargo, el marqués todavía no había desayunado.

Pasaron otros treinta minutos y seguía sin haber señales de él. Lucy resopló, miró la mesa perfectamente puesta y la comida situada a un lado, y volvió a resoplar. Aunque debería haber tenido hambre, todavía seguía sintiendo un gran nudo en el estómago.

Salió de la habitación y miró a lo largo del pasillo. El mayordomo debía saber dónde se encontraría. O si todavía continuaba acostado. Pero el señor Barnes no estaba a la vista. Una de las criadas bajó por las escaleras al final del pasillo y Lucy se acercó a ella enseguida.

—¿Has visto al marqués? ¿Está todavía en su cama?

—Oh, no, señorita. —Hizo un gesto con la mano libre hacia el pasillo—. Creo que está en el estudio.

Lucy frunció el ceño. Aunque el marqués estaba en su casa y que podía hacer lo que le diera la gana, imaginaba que querría que desayunara antes de comenzar a hacer cualquier otra cosa. Avanzó por el pasillo, y no se le ocurrió llamar a la puerta antes de entrar de golpe al estudio.

Sin embargo, se quedó paralizada en la puerta. El marqués tenía el pelo como si aún no lo hubieran peinado y solo llevaba una camisa, y presumiblemente unos pantalones por debajo del escritorio. Además, estaba sin corbata y tenía las mangas arremangadas. Lucy se quedó sin aliento. En cinco años se le habían marcado las arrugas de la cara, y le habían aparecido unas pequeñas líneas alrededor de los ojos, y una grande entre las cejas. También le habían salido unas ligeras manchas blancas en las sienes que solo se apreciaban con una luz determinada. Cuando entraban los rayos de sol por la ventana que tenía detrás se le veían perfectamente.

—¿Lucy?

—¿Sí?

Pronunció su nombre con la voz ronca, y aunque Lucy era su protegida, rara vez la llamaba por su nombre. No sabía si el marqués había notado su desliz, pero lo cierto es que ella se había fijado. Y también su corazón, que de repente comenzó a palpar a toda velocidad, se había dado cuenta.

—¿Querías algo?

—Oh sí. —Lucy se apretó el corazón con una mano—. Es solo que... bueno... ¿ya ha desayunado? Verá, tenemos el desayuno preparado para usted. Supuse que tendría hambre después del viaje de ayer. Y anoche apenas comió nada.

Después de cenar, el marqués se había escapado directamente al estudio y ella no había vuelto a verlo hasta ahora. Por lo que ella sabía, había estado en el estudio toda la noche, pero le habría gustado que no hubiera sido así. Se fijó en las arrugas que tenía entre las cejas y se dio cuenta de que parecía un poco cansado. Quizás era verdad que se había pasado toda la noche en ese lugar. ¿Pero qué estaba buscando?

Parecía que no confiaba en ella para mantener todo funcionando y en orden, con la ayuda del administrador y el ama de llaves. ¿Habían sido suficientes las comunicaciones de los últimos

cinco años para mantenerlo tranquilo? De hecho, no sabía por qué había venido. El marqués no había mostrado ni la menor intención de regresar a la casa hasta que hace unos días recibió una carta anunciando sus intenciones de quedarse un tiempo. Al principio se había emocionado, pero ahora, al verlo escondido en el estudio rodeado de papeles, comenzaba a preguntarse si no habría venido para controlarla porque ella hubiera estado haciendo algo mal.

Lord Eastbrook mantuvo su atención en los papeles que tenía delante. Tenía los dedos manchados de tinta. De pronto agitó una mano con desdén, lo que hizo que Lucy frunciera el ceño.

—No tengo hambre.

Lucy se cruzó de brazos frente a él.

—Puede que uno crea que no tiene hambre, pero hay que comer. Especialmente si piensa trabajar todo el día.

Entonces el marqués la miró directamente. Sus labios ligeramente curvados parecieron molestarla aún más. Estaba haciendo todo lo posible para asegurarse de que estuviera bien atendido, y a él no parecía importarle lo más mínimo.

—Iré a desayunar en cuanto haya terminado con estas cartas. —Devolvió la pluma al tintero y miró alrededor del estudio—. Tan pronto como averigüe dónde están los últimos estados de cuenta.

—Los encontrará todos... —Rodeó el escritorio y abrió el cajón donde tenía todo perfectamente organizado y, según ella, fácil de encontrar—. Aquí mismo —dijo señalando el contenido del cajón con un gesto.

El marqués la miró fijamente durante un instante y luego sacudió levemente la cabeza.

—Bien. Excelente.

Durante unos momentos se cernió sobre ellos un gran silencio. Lucy entrelazó las manos mientras continuaba sintiendo cómo su corazón latía con fuerza.

Lord Eastbrook levantó la pluma del tintero y señaló la carta que estaba escribiendo.

—Bueno, será mejor que...

Ella desenlazó sus manos.

—Oh, si por supuesto. Lo dejaré tranquilo. Aunque, si necesita algo, hágamelo saber. —Se acercó a la puerta y se detuvo apoyando una mano en el marco—. No se olvide de venir a desayunar.

El marqués respondió con una especie de gruñido, que hizo que Lucy frunciera el ceño aún más. Entendía que ser marqués exigía muchas responsabilidades que le ocupaban gran parte del tiempo, pero ¿por qué tenía que perder los modales? Lo que recordaba del marqués cuando había estado con ella la primera vez era que siempre tenía un comportamiento excelente. Parecía que los años, y supuso que también el fallecimiento de su esposa, lo habían cambiado.

Suspiró, cerró la puerta del estudio y regresó al salón donde desayunaban. De alguna manera, ya dudaba de que fuera a venir a estar con ella, así que iba a pedir a un sirviente que le sirviera algo de comida y se la llevara. Parecía que tener al marqués en casa no le iba a hacer la vida más placentera como había supuesto. No es que no disfrutara de la vida en ese lugar, al fin y al cabo, tenía muchos buenos amigos que la visitaban con frecuencia y disfrutaban de vivir en el campo. Pero siempre era consciente de que era una invitada, por más que se ocupara del mantenimiento de la casa. Si pudiera demostrarle al marqués que había hecho un trabajo excelente y se lo reconociera, se sentiría mucho más feliz.

Retiró una silla y se sentó en la mesa, consciente de los asientos vacíos que había a su alrededor. Había pedido a sus amigos que se mantuvieran alejados, pues no sabía si al marqués le

gustaría que estuvieran en la casa. De manera que todo estaba tranquilo y vacío.

Aparentemente, lord Eastbrook no iba a hacer que se sintiera menos sola. Apretó los labios y tomó un sorbo de café tibio. La visita no estaba saliendo según lo planeado. Y todos esos pequeños sentimientos divertidos que había tenido cuando era niña se estaban desvaneciendo rápidamente. Probablemente era algo bueno, pero no pudo evitar sentirse triste. Puede que fuera un enamoramiento juvenil, pero había sido importante. Sin embargo, ahora no estaba tan segura de que el marqués fuera el mismo hombre al que había admirado en otros tiempos. La idea hizo que le doliera el corazón. Por ella. Y por él.

En esa época ya tenía la edad suficiente como para comprender que su matrimonio no era perfecto, y que Julia no era la mujer ideal, pero tal vez había subestimado el dolor que había sufrido Theo tras su muerte.

Bueno, eso no cambiaba nada. Todavía tenía que demostrarle que era digna de cuidar de esa casa y de que no necesitaba casarse. O viajar a Londres. Lo que más necesitaba en la vida era esa casa.

Clavó un tenedor en un trozo de tocino.

Sí, debería estar menos preocupada por su ética del trabajo y por qué el marqués estaba tan gruñón, y esforzarse más por demostrar que era una mujer digna de ocuparse de esa casa.

Capítulo cuatro

Theo recogió los guantes que le ofreció su mayordomo.

—¿Está listo el caballo?

Barnes asintió.

—Y esperándolo.

—Con un poco de suerte, volveré para la cena.

El mayordomo lo miró un instante. Theo estaba seguro del significado de esa mirada, y sospechaba que el hombre dudaba que hubiera regresado para entonces. Al parecer, esa era la alegría de vivir en el campo. Se había producido una disputa entre dos hombres por un animal, al parecer un cerdo, y creía que era su deber involucrarse en el asunto.

Cuando salió de la casa se dirigió a los establos. Uno de los mozos de cuadra le trajo un caballo y Theo lo sujetó por las riendas.

—Si se da prisa —dijo el mozo de cuadra—, puede alcanzar a la señorita Jameson. —Le dijo con una leve sonrisa—. No es una gran amazona.

—¿La señorita Jameson?

—Sí, ahora se dirige a la granja de Fenny.

Theo frunció el ceño. Con un movimiento rápido de las riendas aceleró el paso hasta que la divisó a cierta distancia en el camino que salía de la propiedad. De hecho, cabalgaba bastante lento, lo que le daba bastantes posibilidades de alcanzarla. Lucy se giró cuando escuchó que se acercaba y detuvo el caballo.

—¿Adónde va? —Le preguntó con una sonrisa alegre que hizo que al marqués se le formara un nudo en la garganta.

Algunos de sus rizos pelirrojos escapaban de su sombrero de paja, y se aferraba a cada una de esas generosas curvas un sencillo, pero elegante, vestido de muselina blanca adornado con delicados bordados amarillos. Al marqués le recordaba demasiado a la imagen que había tenido de ella el primer día, y que no se le iba de la cabeza por más esfuerzo que hiciera.

Había pensado que iba a tener mucho trabajo en la finca, pero parecía que todo estaba bajo control. Y tenía muy poco que hacer. Sin embargo, eso no significaba que fuera a dejar de trabajar. Mientras se encontrara fuera de Londres, tenía que escribir muchas cartas, y hacer planes para invertir la herencia en caso de que la consiguieran.

Trató de no pensar en Minerva que probablemente estaría aterrorizada viajando hasta Escocia. O en Seth, que tenía que ir en busca de una esposa que probablemente nunca lo haría feliz. Incluso Angel también le preocupaba un poco. No había trabajado ni un día en su vida y se vanagloriaba demasiado de su manera de divertirse. Realmente no sabía si iba a ser capaz de estar trabajando durante dos meses completos.

—¿Señor?

Theo parpadeó.

—¿Sí?

—Le pregunté adónde iba.

—Oh sí. A la granja de Fenny.

—Oh, sabes algo de la disputa que se ha producido entre el señor Smith y el señor Finnigan. —Movié la cabeza—. Me lo ha contado el señor Barnes.

—Siempre se están peleando. Solo Dios sabe la razón. Son amigos desde hace casi cuarenta años.

—¿Los conoces?

Lucy ladeó levemente la cabeza, como si la pregunta le divirtiera.

—Pues sí.

—No es necesario que me acompañes. —Theo esbozó una sonrisa tensa—. Es decir, puedes volver a casa. Supongo que querías enterarte de cuál era el problema. Pero puedo manejarlo yo solo.

La sonrisa de Lucy aumentó.

—Le sorprendería lo tercos que pueden ser esos dos viejos.

—Son asuntos de la propiedad, señorita Jameson. Puedo manejarlos perfectamente.

Ella puso los ojos en blanco.

—Creo que de todos modos debería acompañarlo, por si acaso.

Theo se puso pensativo. Lo que peor le venía era que lo acompañara su atractiva protegida. Ya le era bastante difícil dejar de pensar en ella, a pesar de que evitaba a toda costa. Esos dos meses iban a ser realmente largos. Suspiró y agitó las riendas del caballo.

—Intenta mantener mi paso.

Puso al caballo al galope a toda velocidad. Estaba seguro de que había sido muy grosero. Pero no tenía otra opción. Cuanto antes llegara a la granja y resolviera este problema, antes podría regresar a la casa y refugiarse en el estudio. De ese modo, llegó a las afueras de la granja mucho antes que la señorita Jameson. Los dos hombres, que según recordaba eran los propietarios de esas granjas desde que era niño, estaban de pie junto a la escalera de una cerca. Incluso alcanzaba a escuchar sus gritos desde donde se encontraba.

Desmontó y ató el caballo antes de acercarse. Ninguno de los dos hombres miró hacia él.

—Si dejaras de ser tan idiota y holgazán —dijo Finnigan—, esto no seguiría pasando.

El señor Smith levantó las manos.

—No soy un perezoso. Tú sí que eres vago. Dejaste escapar a mi cerdo apropiadamente. Podrías haberlo atrapado, pero no te dio la gana. Lo único que quieres es engañarme.

—Caballeros... —Theo dio un tímido paso hacia adelante.

La discusión continuó, y ambos hombres siguieron completamente ajenos a él. Tenían las mejillas enrojecidas de rabia. Como llevaban con esa discusión desde hacía algún tiempo, no parecía que fuera a terminar pronto.

Entonces llegó la señorita Jameson, con los brazos cruzados sobre el pecho y una leve sonrisa en el rostro.

—Todavía están discutiendo, ¿no?

—Así parece. A ninguno de los dos les importa que yo esté aquí.

—Creo que les gusta discutir. Pero claro, si el señor Smith arreglara su cerca adecuadamente, esto no tendría por qué seguir sucediendo. Pero, por desgracia, no es muy bueno reparando las cosas. —Dijo inclinándose hacia él bajando la voz—. No se lo digas, pero cree que es un carpintero experto.

Theo arqueó una ceja. Por lo que se veía, la valla estaba rota, y ciertamente no era una obra maestra.

—Caballeros...

Entonces la señorita Jameson dio un paso adelante y se interpuso entre los dos hombres. Levantó ambas manos y, por primera vez, parecieron verlos.

Theo sonrió pensativo.

—Señorita Jameson, no creo...

Ambos hombres dejaron de discutir al instante. Su atención se centró en la señorita Jameson. Theo negó con la cabeza. Evidentemente iban a prestar más atención a una mujer atractiva que a él. Debería haberlo sabido.

—¿Cuál es exactamente el problema aquí, caballeros? —Preguntó la señorita Jameson.

La discusión comenzó de nuevo, aunque con menos intensidad. De inmediato ella les hizo callar como haría una institutriz con un niño. Y a regañadientes, volvieron a callarse. A Theo le habría parecido divertido si no hubiera estado tan desconcertado por todo el proceso. Aparentemente, la joven señorita Jameson los tenía dominados. Pero, aunque los granjeros no supieran quién era él, habría esperado que reconocieran que era un caballero y se comportaran en consecuencia. Parecía que la presencia de la señorita Jameson superaba cualquier cosa que él pudiera aportar.

—No ha vuelto a reparar su valla —refunfuñó el señor Finnigan.

El señor Smith dejó escapar un suspiro y levantó las manos en el aire.

—Sé muy bien cómo arreglar una valla. No es mi culpa que el animal sea tan inteligente que se burle de un idiota como tú.

—Ese cerdo, señorita Jameson, ha causado muchos problemas. Se metió en mi huerto y casi me lo destrozó.

La señorita Jameson se llevó las manos a las caderas. Miró al señor Finnigan.

—¿Y cómo está la valla de su huerto?

Las mejillas del hombre enrojecieron.

—Está... bien...

—Creo que esto se solucionará poniendo vallas nuevas. —Dirigió su atención al señor Smith—. Y eso significa que venga alguien para que les haga una cerca a cada uno. Los dos debéis hacerlo. Así no se producirán más fugas, ni les volverán a comer las verduras.

—Pero... —comenzó a decir el señor Smith cuando la señorita Jameson levantó un dedo.

—De esta manera se resolverán los dos problemas. Tenemos que asegurarnos de que ambas cercas sean extremadamente resistentes. Así nadie tendrá que preocuparse de que se le desaparezcan los cerdos o les coman verduras ¿Verdad? —Les dijo con un tono casi hipnótico y les sonrió dulcemente a ambos.

Theo sacudió la cabeza pensativo. Quizás no era solo la apariencia lo que funcionaba con ellos. Aparentemente, ella tenía bastante habilidad con estos rudos granjeros en general. Por el aspecto de las vallas, la mejor solución era sin duda levantar otras nuevas. Se quitó el sombrero un instante, se pasó una mano por el cabello, se lo volvió a colocar y dio un paso adelante.

—Quizás pueda contribuir haciendo las vallas.

Los tres se volvieron hacia él, como si no hubieran notado su presencia hasta ese momento. Debería estar molesto, y todavía no estaba muy seguro de cómo tomarse el hecho de que la señorita Jameson estuviera lidiando con los asuntos de la propiedad sin su ayuda, pero había algo bastante agradable en no ser la persona que solucionaba todos los problemas, como era habitual. Al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo intentando solucionar las discusiones que se producían entre sus hermanos. Y lo que menos quería hacer era tener que arreglar las discusiones de sus inquilinos.

—¿Usted? —Los ojos de la señorita Jameson se abrieron como platos.

Theo asintió.

—Soy bastante hábil cuando la necesidad lo requiere, señorita Jameson. Tenga la seguridad de que puedo hacer una valla lo suficientemente resistente como para contener al más decidido

de los cerdos.

El señor Smith se quitó el sombrero y lo estrujó entre sus manos.

—Señor —dijo. —No nos habíamos dado cuenta de que era usted.

Los ojos del señor Finnigan se abrieron como platos.

—Es verdad, no lo hemos reconocido.

De todos modos, Theo no creía que si lo hubieran reconocido habría conseguido poner fin a su discusión. Al parecer, la señorita Jameson tenía un toque mágico. La observó un instante, y se fijó en el ligero tono rosado de sus mejillas, y en que continuaba manteniendo una postura decidida. Aunque no tenía más que diecinueve años, su actitud era diferente a la de cualquier otra muchacha de su edad que hubiera conocido. Y había conocido a muchas. Continuamente le presentaban a jóvenes de la alta sociedad con la esperanza de convertirse en su segunda esposa. Pero no sabían nada de la vida real. Ni nada acerca de las presiones que conlleva ser la esposa de un marqués.

La señorita Jameson, sin embargo...

Desechó el pensamiento tan pronto como entró en su mente. La señorita Jameson era su protegida, y era muy joven. Por más capacitada que estuviera, no tenía derecho a tener esos pensamientos sobre ella.

—Entonces, ¿me pueden enseñar dónde hay que arreglar las vallas?

No era mentira, era bueno trabajando con las manos. Cuando era niño, le gustaba hacer todo tipo de cosas. Aunque había pasado algún tiempo, confiaba en poder hacer una valla mucho mejor que cualquiera que hubieran hecho esos dos viejos. Sin mencionar que eso lo iba a obligar a salir de la casa y le permitiría evitar a la señorita Jameson durante un rato. No podría ser nada malo.

Sobre todo cuando su admiración por ella parecía ir en aumento.

Capítulo cinco

Lucy se escondió detrás de la cortina cuando se dio cuenta de que lord Eastbrook la observaba desde el jardín. Se apartó un rizo de la cara y puso los ojos en blanco. ¿Qué estaba pasando con su vida? Llevaba seis años viviendo en esa casa y ahora se escondía de las visitas. Se giró para mirar a Lizzie, que diligentemente estaba guardando las horquillas que no habían usado para su peinado.

—¿Sabes quiénes son esos hombres?

Lizzie se unió a ella en la ventana para ver quiénes eran los dos visitantes que acompañaban a Theo por los jardines.

—Oh, sí, uno es el señor Barton. El abogado de familia. Hace muchos años que no lo veo por aquí.

Lucy observó al hombre calvo entrecerrando los ojos. Sí, supuso que lo llegaría reconocer. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto al señor Barton, cuando participó como abogado en su reconocimiento como pupila protegida del marqués.

—¿Y quién es el otro hombre? —Preguntó Lucy.

Lizzie se encogió de hombros.

—Es muy guapo. Quizás el marqués pretenda que sea para usted. —Lizzie se rio—. Por lo menos parece de su edad.

Lucy sintió un intenso dolor en el estómago, como si hubiera recibido un gran golpe. Oh no, ¿era eso? ¿Lord Eastbrook le iba a explicar que ya se tenía que casar, por lo que le iban a presentar a algunos hombres, o la iban a enviar a Londres para presentarla en sociedad? ¿Tal vez el abogado había venido para concertar un contrato matrimonial? ¿Quizás ese era el hombre con el que se iba a tener que casar?

Oh no, era una situación terrible. No había tenido tiempo de demostrar que ella solamente pertenecía a ese lugar. Y no quería salir de allí del brazo de ningún hombre. Casi nunca había pensado en el matrimonio, con la excepción tal vez de sus imaginaciones infantiles, cuando soñaba que perdía la cabeza por el marqués, y le pedía que viviera allí para siempre para ser su esposa. Pero ahora esos sueños le parecían muy tontos. Sobre todo porque el marqués no era exactamente el hombre que había imaginado que era. No era desagradable, pero rara vez lo veía sonreír y, además, siempre tenía el ceño fruncido, como si la vida le doliera constantemente.

De alguna manera iba a temer que asegurarse de que el marqués se diera cuenta de que ese era su lugar. La simple idea de tener que irse de la casa le provocaba un gran dolor en el pecho. Tal vez, si conseguía que el pretendiente se diera cuenta de que no estaba preparada para casarse, finalmente se marcharía. Al fin y al cabo, si el caballero no se interesaba por ella, nadie podría obligarlos a casarse.

Estiró las manos cuando se dio cuenta de que las tenía tan apretadas que se estaba haciendo daño con las uñas. Y enseguida observó las pequeñas marcas en forma de media luna que se había hecho. Esa era su casa, esa era su vida, y no se la iban a quitar.

—Será mejor que vaya a reunirme con nuestros invitados —le dijo a Lizzie alegremente.

Lizzie le sonrió.

—Se ve radiante hoy, señorita. Sin duda llamará la atención del joven.

—Tengo cosas mucho mejores que hacer que estar llamando la atención de un caballero.

Los labios de Lizzie se torcieron.

—A veces olvido de que usted es más joven que yo porque habla como si ya fuera una gran dama.

Lucy sonrió.

—Bien. Entonces tal vez el marqués se dé cuenta de que prácticamente soy la señora de esta

casa.

—No sé cómo podría no darse cuenta. Pero tampoco puede dejarla aquí sola para siempre. Algún día tendrá una familia y una esposa, y deseará establecerse aquí. —Lizzie le dio unas palmaditas en el brazo con un suspiro—. No estaría de más que fuera amable con ese caballero. Nunca se sabe, tal vez descubra que puede amar a un hombre tanto como a esta casa.

Lucy no respondió. No podía ni siquiera imaginar la posibilidad de querer a un hombre tanto como amaba ese lugar. Después de la muerte de sus padres, esa gran mansión le había proporcionado todas las comodidades. Constantemente tenía lugares que explorar, sitios donde esconderse y cosas nuevas con las que maravillarse. Cuando miraba los numerosos rostros que aparecían en los retratos, la consolaban. No había nada como conocer toda esa historia que la observaba de las paredes, de personas que habían tenido que sobrevivir a muchas pruebas y tribulaciones, y al final habían salido triunfantes. Quería ser como las mujeres de los retratos: orgullosas, empeñosas y con éxito.

Por supuesto que alguna vez había pensado en que podría amar al marqués de esa manera. Y con el paso de los años, esos pensamientos no es que hubieran disminuido, sino que se habían suavizado. Sus recuerdos del marqués se habían ido desvaneciendo hasta convertirse prácticamente en una ensoñación.

Suspiró al pensar lo ingenuo que era creer que un enamoramiento juvenil pudiera convertirse en algo real.

Lucy llegó hasta donde se encontraban los tres hombres que estaban paseando por los jardines, siguiendo el camino que atravesaba entre los macizos cuadrados de flores. Era una zona que estaba ligeramente hundida, y la salpicada una generosa fuente que había en el centro. Aunque había ido hacia ellos con bastante prisa, aminoró el paso cuando estaba a unos pasos de distancia para recuperar el aliento y parecer digna. Enseguida se obligó a mantener una sonrisa educada en la cara.

Lord Eastbrook la vio primero, y con una mirada extraña la analizó de arriba abajo. Ella tuvo que apartar rápidamente la mirada para no verse atrapada en esos ojos azules y quedar en ridículo.

Los otros dos caballeros se volvieron hacia ella. El hombre más joven tenía más o menos su edad: veintitantos años aproximadamente. La verdad es que era bastante atractivo. Tenía el pelo oscuro y revuelto, un rostro agradable y el cuerpo esbelto. Sin embargo, eso no tenía por qué significar que fuera a querer casarse con él.

Ni con nadie, en realidad. Se obligó a mantener las manos relajadas a los costados, a pesar de las ganas que tenía de apretarlas. Y de milagro estaba consiguiendo mantener su sonrisa agradable.

—¿Está todo bien? —Preguntó lord Eastbrook.

—Por supuesto. —Dijo acercándose al grupo de hombres—. No me había dado cuenta de que teníamos invitados hoy.

El señor Barton inclinó levemente la cabeza.

—Es por mi culpa, señorita Jameson. Lord Eastbrook no sabía que venía hoy. —Dijo sonriendo—. Es un gran placer verla. Han pasado muchos años. Todavía la recuerdo cuando era una niña.

La sonrisa de Lucy se volvió genuina, aunque estaba un poco molesta consigo misma por ello. Si no lograba mantenerse realista y fría, nunca convencería al marqués de que tenía que quedarse. Pero sí recordaba lo diligente que había sido el señor Barton cuando tuvo que ocuparse de ella y asegurarse de que estuviera bien instalada en la casa. Nunca había sido demasiado

cercana a sus padres, que pasaban mucho tiempo de viaje, pero tener que irse de su casa sabiendo que estaba sola en el mundo era una perspectiva aterradora. Pero el señor Barton la había acompañado, y había sido muy cariñoso.

—Yo también lo recuerdo. —Le respondió con una cálida sonrisa.

—El señor Barton y yo estábamos hablando de negocios —dijo lord Eastbrook abruptamente.

—Bueno, no se tienen que molestar por mí. ¿Están recorriendo los jardines? ¿Quizás pueda acompañarlos? —Dijo manteniendo un tono empalagoso.

Lord Eastbrook y el señor Barton intercambiaron miradas. A ella se le apretó el estómago de miedo. Lo sabía. Estaban discutiendo sobre su futuro. ¿Cómo se atrevían? Era su futuro, no el de ellos. Aunque estuviera bajo la protección de un caballero, eso no significaba que no tuviera voz y voto, ¿verdad? Pero, en realidad sabía que no tenía ni voz ni voto, igual que muchas mujeres en su posición.

—Creo... —comenzó el marqués.

—Quizás quieras dar un paseo con mi sobrino —le ofreció el señor Barton.

Lord Eastbrook asintió rápidamente.

—Sí, eso sería lo más aceptable. Perdóneme, que no lo haya presentado. Señor Andrews, ella es mi pupila, la señorita Jameson. Señorita Jameson, él es el señor Andrews, sobrino del señor Barton.

El señor Andrews inclinó la cabeza mientras ella le hacía una rápida reverencia. Lucy evitó mantener contacto visual con él, y se arrepintió del vestido que había elegido para ese día. Era uno de los más bonitos y realzaba sus abundantes curvas. Esperaba que el señor Andrews no se hiciera ilusiones.

—¿Continuamos? —Sugirió el señor Barton.

Mientras continuaron recorriendo el jardín se dio cuenta de que el señor Andrews era inteligente y encantador. Pero eso no significaba nada. Había muchos hombres inteligentes y encantadores, incluso en los condados de alrededor de Londres. Pero no estaba ni remotamente interesada en casarse con ese hombre, por mucho que lo deseara lord Eastbrook.

—Entonces, ¿por qué acompañas a tu tío? —Preguntó Lucy para por lo menos aprovechar conseguir toda la información posible.

Y tal vez poder usarla como munición. Una mujer bien informada siempre era peligrosa.

—Estoy aprendiendo los entresijos de mi carrera. Terminé la universidad el año pasado y tuve la suerte de que me ofrecieran un puesto en el despacho de mi tío.

—¿Y te gusta el derecho?

El señor Andrews le ofreció una sonrisa que bien podría considerarse como muy atractiva.

—Tiene sus momentos.

El estómago de Lucy se volvió a apretar. Oh no, no estaba funcionando. Parecía que le estaba gustando.

—Siempre he pensado que el derecho es muy aburrido.

Él se rio entre dientes.

—Estas en lo cierto. Hay una increíble cantidad de trabajos muy aburridos. Sin embargo, hay momentos de emoción. Mi tío me contó cuando te trajo a esta casa. Creo que se alegró mucho de participar en traerte a este hogar y entiendo la razón. Y parece que te ha ido muy bien.

¡Eso era un gran error! Especialmente que la alabara. ¿Cómo iba ser grosera?

—Es fácil que te vaya bien aquí. Es un lugar maravilloso para crecer.

—Es una de las mejores propiedades que he visto en mi vida. Mi tío me ha contado que el

marqués no viene casi nunca. No me imagino por qué no querría pasar más tiempo en este lugar.

—Siempre está muy ocupado.

Era la única explicación que Lucy le podía ofrecer. Nunca había entendido realmente la razón por la que se había marchado y que nunca más regresara. Supuso que el dolor hacía que la gente hiciera cosas extrañas.

—De todos modos, esta casa es excelente. Me gusta especialmente lo cuidados que están los jardines.

El señor Andrews no tenía por qué saber que ella había contribuido a garantizar que todo funcionara correctamente en este lugar. Y que se enorgullecía especialmente de conservar los jardines que habían creado los antepasados del marqués. De todos modos, no pudo evitar sentirse halagada de que se hubiera fijado en cómo había cuidado de ellos.

Lo cual iba totalmente en contra de sus intenciones. Se suponía que debía decirle en términos muy claros que no estaba interesada en mantener ningún tipo de relación con él.

—Señor Andrews... —Tuvo que tragar saliva—. Señor Andrews, siento que debo decirle...

Los dos hombres que iban adelante se detuvieron, y el señor Barton llamó a su sobrino.

—Jacob, ven y mira esto. Tu madre estaría encantada.

El señor Andrews se disculpó con una sonrisa y se reunió con lord Eastbrook y el señor Barton. Estaban admirando una de las flores raras del jardín. Lucy suspiró muy frustrada. Asegurarse de que el señor Andrews supiera que no estaba interesada en él iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Continuaron el recorrido por el jardín ya como un grupo de cuatro, sin espacio para poder hablar con el señor Andrews a solas. Después, cuando regresaron a la casa, los tres hombres desaparecieron en el estudio, y ella se quedó afuera.

Aunque se acercó caminando lentamente para que no la oyeran, desafortunadamente, las gruesas puertas de madera no le permitieron escuchar sus conversaciones. Sin embargo, pronto oyó pasos en la habitación, lo que le indicó que la conversación había terminado. Enseguida se escabulló y se escondió en el salón más cercano.

Con el corazón acelerado, esperó a oír sus pasos pasando por delante de la habitación, y enseguida se deslizó por detrás ellos para ir al estudio. Allí recorrió la habitación con la mirada, buscando cualquier cosa que no reconociera. Pero no había documentos nuevos ni ningún indicio de que se hubiera realizado alguna transacción comercial que afectara a su bienestar. Apoyó las manos en el respaldo de la silla y dobló ligeramente su cuerpo. Era horrible saber que su propio destino no estaba en sus manos.

—¿Lucy?

Rápidamente se enderezó, se giró y vio a lord Eastbrook.

—¿Que estás haciendo aquí?

Lucy frunció el ceño.

—No sabía que no podía acceder a este despacho. Lo he estado usando para administrar la propiedad en su ausencia.

Theo se pasó una mano por el pelo, revolviendo sus mechones dorados. Los dedos de Lucy temblaron del deseo de peinárselos, pero sacudió la cabeza pensativa. No tenía que pensar en eso ahora, justo cuando tenía que descubrir lo que estaba sucediendo con ella.

—Perdóname, Lucy, tengo algunos... asuntos inusuales que abordar hoy, y estoy un poco alterado.

—¿Negocios inusuales?

Theo le sonrió.

—No hay nada de qué preocuparse.

—¿Se refieren a la casa?

—No, para nada. La verdad es que no es algo de lo que debas preocuparte.

Entonces se acercó más a él, y observó que sus ojos se abrieron ligeramente y que movió la garganta. Realmente debía estar ocultándole algún secreto para comportarse así.

—Quizás le pueda ayudar —sugirió.

Theo negó con la cabeza.

—Hay poco que puedas hacer. —Miró a su alrededor y se alejó unos pasos de ella—. Si me disculpas, necesito... uhm... —Enseguida retrocedió un poco más con una sonrisa incómoda—. Te veré en la cena.

Cuando giró sobre sus talones y avanzó por el pasillo, ella se quedó mirando sus hombros anchos. La arruga de su entrecejo se había vuelto más profunda. Estaba segura de que tramaba algo, y estaba convencida de que tenía que ver con ella. ¿Por qué otra razón no le había contado sus tratos con el señor Barton? Iba a tener que poner fin a eso, pero no tenía idea cómo.

Capítulo seis

Unas nubes de color gris acero se estaban cerniendo sobre las colinas que rodeaban la finca, mientras una ligera llovizna mojaba la piel de Theo. No le importaba demasiado que bajara la temperatura. Pero no era el calor verano lo que le molestaba. No, era tener que estar cerca de Lucy. De algún modo había sobrevivido otra semana con ella, pero las cosas no habían sido más fáciles, sobre todo porque lo había estado presionando preguntándole por sus asuntos con el señor Barton. Aunque ella creía que estaba siendo muy sutil, continuaba indagando sobre su reunión con el abogado.

Pero para Theo había sido un día que preferiría olvidar.

Espoleó a su caballo para que avanzara más rápido por el campo mientras aspiraba grandes bocanadas de aire fresco, como si así pudiera borrar la imagen de Lucy hablando con el joven señor Andrews. No tenía por qué sentirse celoso y, sin embargo, ver cómo le sonreía a un hombre que estaba mucho más cerca de su edad que él, lo había encendido.

Nunca había sido posesivo. Ni siquiera durante su matrimonio, cuando quizás hubiera debido haberlo sido. Tal vez, si hubiera sido una persona posesiva y celosa su mujer se habría portado mejor. Aunque de alguna manera lo dudaba. Además nunca le había gustado interpretar el papel de marido enfadado y celoso.

Y tampoco deseaba tener que interpretar a ese personaje ahora.

Se podía decir a sí mismo que simplemente era debido a su fuerte instinto protector. Al fin y al cabo, Lucy estaba bajo su protección y tenía que asegurarse de que cuando eligiera a un pretendiente fuera una persona adecuada para ella. Pero sabía que se estaba mintiendo. Sabía que siempre que estaba con ella no podía dejar de pensar en lo atractiva que era, en su ingenio, y en lo mucho que trabajaba para ser una mujer tan joven.

Apretó los dientes y dirigió el caballo de regreso a la casa. Solo podía permanecer alejado durante un tiempo. Aún le quedaba trabajo por hacer y, después de la visita del señor Barton, tenía que revisar algunas cartas de Londres. El abogado simplemente había venido para controlarlo y asegurarse de que efectivamente estaba en la casa cumpliendo con su tarea según lo prometido. Pero ninguno de los dos se había podido resistir a hablar de negocios, en particular de las inversiones que podría hacer si él y sus hermanos lograban hacerse con la herencia. Iba a tener que escribir varias cartas para hacer averiguaciones.

Continuó cabalgando por el camino principal de regreso a la casa pensando en Lucy y en su

situación. No es que ella fuera realmente consciente de que estaba en una situación difícil. Sin embargo, ahora tenía diecinueve años y ya era una mujer. Y seguramente no desearía vivir toda su vida como una solterona en esa casa.

Observó la mansión mientras se acercaba. El edificio era como un gran monolito capaz de asfixiar a muchos hombres. Él mismo se había sentido prácticamente ahogado en ese lugar. Sin embargo, Lucy siempre había sido muy feliz en la mansión. Se levantaba todos los días temprano, gestionaba los menús, dirigía a los sirvientes y se ocupaba de las tareas de mantenimiento del edificio. Después de hablar con el administrador de la finca, le había quedado claro que Lucy hacía mucho más que simplemente vivir en la casa.

Pero las mujeres jóvenes aspiraban a más que eso, ¿verdad?

Theo hizo una mueca de disgusto. La simple idea de tener que entregarla a otro hombre le hacía sentir que se le formaba un nudo en el estómago.

Un toque de color rosa contra el fondo verde llamó su atención. No era una flor bonita, sino una mujer bonita. ¿Qué estaba haciendo al aire libre en un día como ese? Theo espoleó a su caballo hacia el lugar donde se encontraba frente a los macizos de boj que separaban los jardines formales de las zonas más silvestres. Aunque llevaba chaqueta y sombrero, cuando se acercó se dio cuenta de debía llevar algún tiempo afuera. La lluvia ya había oscurecido los hombros de su chaqueta rosa.

—Lucy, no deberías estar afuera.

Ella se giró y le sonrió.

—Podría decirle lo mismo. No es un buen día para montar a caballo.

—Ni de estar mirando árboles.

Los labios de Lucy se curvaron.

—Estaba pensando qué hacer con ellos. Hay algunos que están enfermos. El jardinero me asegura que si los cuidamos adecuadamente, con toda seguridad volverán a estar bien. Pero nos llevará un poco de trabajo.

Theo agitó una mano.

—Podemos cortarlos y reemplazarlos por otros, si lo deseas.

Lucy se quedó boquiabierta.

—Dios mío, no. Estos árboles tienen varios cientos de años.

—Ah, vale.

No tenía idea. Parecía que Lucy sabía mucho más sobre su propia casa que él. Supuso que si hubiera estado más tiempo de su vida adulta en la casa, también estaría al tanto de todo. La miró detenidamente. Qué extraño era que una mujer joven supiera la edad de los árboles del jardín. Para tener tantos conocimientos sobre ese lugar tendría que haberse implicado en aprenderlo todo desde antes de ser adulta.

Theo dejó escapar un suspiro lleno de frustración. No quería tener más razones para admirarla. No era nada bueno. Ella era su protegida y, además, era demasiado joven. Y demasiado inocente. Si supiera lo que pensaba de ella, se horrorizaría.

—Realmente deberías meterte en casa. Podrías resfriarte. Deja las decisiones en manos del jardinero.

Ella se cruzó de brazos y levantó la barbilla ligeramente.

—Hacen falta mucho más que unas cuantas gotas de lluvia para que entre en casa. Lo crea o no, el jardinero aprecia mis opiniones.

—Seguramente haya otras cosas que preferirías hacer.

—Para nada.

Su voz había adquirido un tono mordaz, y Theo no estaba exactamente seguro de la razón. Lo único que había querido decir era que una joven de su edad seguramente querría estar con sus amigos, o visitar a otras personas. De hecho, desde que había regresado, solo la había visto visitar a una amiga. El mayordomo le había informado que Lucy normalmente tenía una vida social activa, por lo que sospechaba que se estaba interponiendo en su vida. Sin embargo, no estaba exactamente seguro de cómo solucionarlo.

—¿Dime... uhm... fuiste a nadar esta mañana? —Preguntó por decir algo.

Lucy se sonrojó.

—No. Esta mañana también estaba lloviendo. Y bueno, yo...

Había dejado de nadar desde que había llegado el marqués, que la había avergonzado al sorprenderla bañándose en el estanque. Vaya, le estaba haciendo la vida imposible y, de alguna manera, tendría que encontrar una manera de solucionarlo.

—Deberías volver a nadar. Ya nadie te interrumpirá, te lo prometo.

Ella apretó las manos.

—Lo pensaré.

Theo suspiró pensativo. Sabía poco sobre las mujeres, y menos aún sobre las jóvenes. Ignoraba cómo hacer feliz a Lucy.

—Te dejaré con tus árboles.

No esperó respuesta y de inmediato regresó a los establos. Probablemente eso lo haría parecer un grosero, pero la señorita Lucy Jameson lo tenía atado de manos. Se sentía completamente perdido. Más que nunca necesitaba alejarse de ese lugar. Pero, por desgracia, para recibir la herencia tenía que quedarse. ¿Era posible que el señor Barton lo volviera a sorprender con otra visita? Además, ni siquiera le había informado sobre los progresos de sus hermanos.

Tendría que escribirle a su madre para ver si sabía algo de ellos, especialmente de Minerva, aunque era poco probable que recibieran muchas comunicaciones de ella mientras estuviera viajando por Escocia.

Cuando llegó a los establos, no había nadie. Los mozos de cuadra debían estar ocupados ejercitando a los otros caballos. De manera que optó por desensillar el caballo él mismo y cepillar a fondo a la yegua. Necesitaba hacer algo con toda la energía que tenía reprimida en su interior. Una energía reprimida que solo le despertaba una persona.

Lucy.

Joder, ¿por qué estaba casi siempre en sus pensamientos? ¿Eran sentimientos de culpa? La había dejado sola durante un montón de años, sin apenas pensar en ella y había estado exclusivamente centrado en él mismo y en su enfado con su difunta esposa. Se sentía un idiota por haber estado alejado tanto tiempo.

Sin embargo, si hubiera sido consciente de que Lucy se había convertido en una mujer tan hermosa, tal vez se habría mantenido alejado durante más tiempo. Era una mujer que poseía todo lo que le atraía.

Se detuvo en uno de los establos para comprobar cómo estaba el nuevo semental. Sabía que habían adquirido un nuevo caballo porque se comunicaba continuamente con el administrador de la finca y el jefe de mozos de cuadra, pero aún no había visto al animal. Aparentemente, todavía había que domarlo y era propenso a dar patadas y a pegar mordiscos. Enseguida pudo comprobar que había sido una buena compra. Era un pura sangre y se notaba en todo su cuerpo.

Cuando terminó de atender a su propio caballo lo dejó en el establo. Había pensado que un paseo seguido de un buen cepillado iba a ser suficiente para dejar de estar nervioso, pero

aparentemente no estaba funcionando. Tal vez debería lanzarse al estanque tal como hacía Lucy, y nadar unos cuantos largos. El agua helada seguramente le haría entrar en razón. Suspiró y se limpió la paja de los pantalones. Solo podía esconderse durante un tiempo limitado; después de todo, tenía deberes que atender.

Cuando salió del cubículo frunció el ceño. La puerta del establo que mantenía a raya al semental estaba abierta. Se acercó poco a poco, consciente de que el animal aún podría estar por allí y correr hacia él. Mantuvo la respiración controlada y miró por el costado del cubículo. Una mujer joven, una doncella por lo que parecía, estaba en el establo de la bestia. El animal se alzaba sobre ella con su pelaje negro y brillante empequeñeciendo a la diminuta mujer, que estaba acorralada, temblaba y tenía la cara pálida.

Dios.

El animal soltó un gran bufido. Theo contuvo la respiración y se deslizó dentro del cubículo. El semental todavía no se había fijado en él, pero era solo cuestión de tiempo. Avanzó poco a poco alrededor del animal. La mirada de la criada se fijó en la de él, con los ojos muy abiertos. Le extendió una mano y ella deslizó sus dedos entre los suyos. La arrastró hacia él, consciente de que el semental se había dado cuenta de su presencia. Pero se giró con un movimiento rápido para que su espalda protegiera a la mujer e hizo que ambos saltaran fuera del cubículo. Después, cerró la puerta de una patada, sacó a la muchacha de los establos y la liberó.

—¿Qué diablos estabas haciendo ahí? —Le preguntó.

—Yo... yo... yo solo quería ver los animales. El señor Lewis me contó que era un caballo muy bonito. —Dijo mientras le temblaban los labios.

—Es una bestia salvaje y sin domar. Podría haberte matado.

Theo se dio cuenta de que había alzado la voz al no poder contener su rabia y su miedo. La doncella había estado a punto de morir en sus establos.

—Ya lo sé. Perdóneme. No me di cuenta...

Señaló con un dedo la casa.

—Vuelve a la casa. No quiero volver a verte por los establos.

—Sí, señor.

La joven rompió a llorar y volvió corriendo a la casa.

Theo se pasó una mano por la cara. Una idiota casi consigue que los maten a los dos.

—¿Era eso realmente necesario?

Cuando abrió los ojos, Lucy estaba frente a él con las manos en las caderas y los ojos llenos de rabia.

—Sí, era necesario —le espetó.

—La hiciste llorar. ¿Qué hizo para merecer semejante reprimenda?

—Ella, maldita sea...

—Sé que usted es el marqués y que los sirvientes son suyos, ¡pero eso no significa que pueda tratarlos como le dé la gana! Siempre merecen su respeto, especialmente por el arduo trabajo que han realizado para que su casa esté bien cuidada durante su ausencia —le dijo completamente sonrojada.

—Lucy, yo...

—Yo no puedo decirle cómo debe comportarse, pero esperaba que un caballero como usted tratara con más dignidad a quienes tiene por debajo. —Lo miró de arriba abajo—. No sé qué le habrá pasado a lo largo de los años, pero no es el hombre que pensaba que era.

Theo apenas imaginaba qué hombre había pensado que era, y aunque lamentaba el tono que había empleado con la doncella, se había comportado de una manera muy insensata y era muy

consciente de ello.

—No estoy seguro de qué es lo que pensabas de mí, pero no he hecho nada malo. Había que regañarla.

Lucy abrió la boca pero no dijo nada, resopló, giró sobre sus talones y se dirigió a la casa. Theo se lamentó pensativo. ¿Había conseguido que su estancia en la casa fuera a ser aún más difícil? ¿Acababa de hacer que Lucy lo odiara? Justo cuando estaba comenzando a admirarla de verdad.

Capítulo siete

¡Oh, no! Lucy se quedó paralizada cuando vio que el marqués avanzaba hacia ella por el pasillo de la galería. Lo había estado evitado con bastante éxito durante toda la semana. No tenía ningún deseo de enfrentarse a él después de haberlo reprendido por su comportamiento.

Comportamiento que seguía sin gustarle, pero que ahora no estaba en condiciones de discutir con él. Al fin y al cabo, el marqués tenía su destino en sus manos.

No podía explicar lo amargamente decepcionada que se había sentido al ver cómo le gritaba a Anna. La lavandera era muy tímida. Había sido muy ingenua al pensar que iba a ser el mismo hombre que había conocido cuando era niña. Todo lo que había imaginado sobre él, como que haría un regreso triunfal para declararle su amor, o que era el más maravilloso de los hombres, se desvaneció en el momento en que lo vio gritándole a Anna. Por más que hubiera pensado en ese tipo de bobadas, todavía le dolía olvidarse de todo aquello.

De todos modos, estaba tratando de demostrar que ya era una mujer adulta. Y eso significaba que los encaprichamientos femeninos tenían que desaparecer.

Sin embargo, tampoco quería decir que estuviera lista para enfrentarse a él. Giró con una pierna y se preparó para escabullirse. Sí, iba a parecer una tonta, pero pensando en su futuro, no debía enfrentarse a él. El marqués debía saber que lo había estado evitando, y este encuentro iba a ser realmente incómodo.

Pero al avanzar, después de darse la vuelta, chocó directamente contra un pilar de mármol. El impacto la dejó aturdida durante un instante y retrocedió unos pasos tambaleándose.

Hasta que finalmente acabó aterrizando directamente en los brazos de lord Eastbrook. Cuando sintió que la abrazaba se quedó paralizada casi sin poder respirar. Theo la ayudó a enderezarse e hizo que se diera la vuelta para mirarla. La observó atentamente de arriba abajo, y se detuvo en su frente, donde sentía un dolor punzante justo donde había impactado con el pilar. Sin duda, iba a terminar saliéndole un chichón.

Theo no la soltaba, y como todavía estaba un poco aturdida, tampoco podía apartarse por sí misma. No sabía si sentía mal por el golpe contra pilar, o porque la estuviera sujetando entre sus brazos. De cualquier manera, se sentía mareada y tenía mucho calor.

—¿Se encuentra bien, señorita Jameson?

Lucy no respondió. Tenía la boca seca.

Theo le tocó la frente y ella hizo un gesto de incomodidad. Parecía que no le había pasado nada serio. Ay, pero qué imagen de tonta le debía estar dando.

—Pareces un poco aturdida. ¿Crees que debería llamar al médico?

Finalmente Lucy encontró fuerzas para alejarse de él.

—No, no, solo necesito recostarme un rato.

Lo que menos quería era que la gente se preocupara por ella. La verdad era que en cuanto se apartó de él, ya había comenzado a sentirse mejor. Ahora necesitaba esconderse durante un rato para intentar superar la vergüenza.

—¿Estas segura?

—Sí, sí, completamente segura.

Hizo un gesto con la mano, se dio la vuelta y se apresuró por el pasillo antes de que el marqués alcanzara a decirle nada.

Se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta de golpe. Después, se apoyó contra ella para ver si escuchaba pasos. No la había seguido. Suspiró profundamente.

—¿Qué está haciendo, señorita? —Lizzie hizo una pausa mientras cambiaba la ropa de cama.

Lucy miró a la criada parpadeando. No se había dado cuenta de que estaba en la habitación.

Lizzie dejó caer la sábana y se acercó a ella mirándole la frente.

—¿Qué le ha pasado?

Lucy hizo un gesto de fastidio.

—Parece que he quedado en ridículo. Choqué de manera bastante desafortunada contra un pilar —le explicó.

—Quizás debería traerle un poco de hielo de la cocina. —Lizzie puso con mucha suavidad un par de dedos en el bulto que se le estaba formando en la cabeza—. Creo que va a hacerse más grande.

Lucy movió la cabeza, se alejó de la puerta y se dejó caer en la cama sin hacer.

—Si parezco tonta, es porque lo merezco. ¿Pero cómo me enfrento a él?

Lizzie se sentó a su lado en la cama.

—¿Al marqués?

Ella asintió.

—Ya me di cuenta de que lo ha estado evitando. ¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver con que la tenga que casar? ¿La ha ofrecido a alguien?

Lucy se pellizcó la nariz. Aunque Lizzie conocía muchos de sus secretos, no sabía que había estado enamorada del marqués. Le daba demasiada vergüenza reconocerlo.

—No. No me ha dicho nada hasta el momento, aunque sigo pensando que quiere que me vaya. —Lucy suspiró y se miró las manos—. Más aún ahora que lo estoy evitando.

—¿Pero, por qué? ¿Seguramente podría hacer que esté feliz de que usted esté aquí? Siempre le agrada a todo el mundo, señorita.

—Pero a él parece que no. La verdad, Lizzie, es que no solía ser así. Ahora es tan... tan serio. Y después, lo pillé gritándole a Anna. ¿Quién podría gritarle a Anna?

Lizzie se mordió el labio inferior.

—Creo que Anna se estaba comportando como una insensata.

Lucy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

La criada miró a su alrededor como si pudiera haber alguien escuchando.

—Lleva un tiempo saliendo con uno de los mozos de cuadra. Fue a los establos cuando el marqués estaba allí, y por miedo a que la descubrieran se metió en uno de los compartimentos, y justo era el del semental.

—Dios mío, podría haberse matado.

—Justamente. El marqués la encontró acorralada y la rescató. Corrió un gran riesgo para salvarla.

—Oh.

Lucy entrelazó los dedos. Qué horrible debió haberle parecido cuando le gritó después de que acabara de poner en riesgo su vida, o al menos, de romperse las costillas por salvar a Anna. No era de extrañar que estuviera tan furioso.

—A Anna no le gustó mucho que la regañaran, pero sabe que había sido una insensata. Y no deja de decir que el comportamiento del marqués fue heroico. —Dijo Lizzie poniendo los ojos en blanco.

—Heroico —repitió Lucy—. Sí, fue muy heroico comportarse así.

Pero ella lo había juzgado de una manera completamente equivocada. Tenía razón acerca de que nunca sonreía, o de lo serio que hablaba, pero no era una persona tan horrible como este encuentro le había hecho creer. Suspiró. Le debía unas disculpas.

Se puso de pie, se arregló el vestido y rápidamente miró su imagen. Efectivamente, se le estaba formando un bulto en la frente y poco a poco se estaba volviendo de color púrpura. Ni siquiera el maquillaje más espeso podría cubrir algo así.

—¿Adónde va? —Le preguntó Lizzie.

—Será mejor que vaya a buscar al marqués. Creo que le debo unas disculpas.

Lizzie sonrió.

—Las aceptará, sin duda. Tiene debilidad por usted.

—¿En serio?

Lucy ladeó la cabeza. Sospechaba que simplemente la consideraba una molestia, y quería que se marchara lo antes posible. Su intención era que ella pasara a ser el problema de algún otro hombre, ¿o no?

—Oh, sí. Me he fijado en la forma en que la mira.

Lucy no supo cómo responder a eso, así que bajó las escaleras en busca del marqués. Fue a su estudio y al salón pero no vio a nadie hasta que encontró al mayordomo, que le informó que el marqués había salido a dar un paseo. Era inusual que montara a caballo por las tardes, pero Lucy no quería esperar a que regresara, así que se puso una chaqueta y un sombrero y se dirigió hacia los campos donde le gustaba cabalgar.

Había previsto caminar todo el tiempo que hiciera falta, aunque fueran varios kilómetros. Sin embargo, enseguida se lo encontró en la cima de una colina que dominaba la casa. Justo cuando el sol comenzaba a ponerse por detrás de él, y su silueta se recortaba contra el mismo resplandor ámbar que doraba las copas de los árboles que había a su alrededor.

Contuvo el aliento y deseó la idea de que se parecía mucho al héroe de una novela gótica que le habría encantado cuando era más joven. En su propia novela gótica, sin embargo, ellos nunca eran un tutor y su pupila, sino unos amantes desventurados, que nunca discutían por cosas pequeñas, sino que siempre se tenían que enfrentar a algún drama espantoso.

Lucy tragó saliva y enderezó los hombros. Cuando la mirada de Theo se posó en ella, por alguna razón, una sonrisa torcida cruzó sus labios. Esperaba que estuviera furioso con ella o, al menos, que fuera a ser severo. Su comportamiento había sido muy tonto, y no lo culpaba de estar enfadado con ella.

—¿Qué estás haciendo por aquí?

Ella estiró el cuello para mirarlo.

—Yo... —Dijo entrelazando las manos—. ¿Le importaría desmontar un momento?

Theo dudó un instante pero hizo lo que le había pedido, y dejó que el caballo pastara libremente. Cuando se acercó, Lucy seguía teniendo que estirar el cuello para mirarlo, pero era un poco menos incómodo que cuando estaba encima del caballo.

Lucy se pasó la lengua los labios.

—No sabía que montaba a esta hora. Eso es... —Maldijo en voz baja, pero captó el movimiento de los labios del marqués que le indicó que había escuchado la maldición—. Vine para... Eso es... oh, vaya...

—¿Nos sentamos? Creo que esto nos va a llevar algún tiempo.

Señaló la cima de la colina, donde podrían sentarse y contemplar la casa. La puesta de sol brillaba sobre los adornos dorados de lo alto del edificio, y también se reflejaba en los paneles de

vidrio del piso de arriba. Lucy no pudo evitar sonreír. Nunca había visto la casa tan bonita.

Siguió al marqués y se sentó a su lado abrazándose las rodillas con los brazos. Estuvieron un buen rato en silencio contemplando la casa.

—Creo que ya lo sé... —comenzó a decir Theo.

—Quería...

—Perdóname, pero di lo que tengas que decir. —Por alguna razón, parecía un poco resignado.

—Quería... quería disculparme.

Theo la miró directamente a los ojos.

—¿Disculparte?

Ella asintió.

—No tenía derecho a hablarle como hice el otro día. Ni a evitarlo durante toda la semana pasada. He comprendido que solo intentaba ayudar a Anna, y yo debería haber sabido que usted no es capaz de hacer aquello de lo que lo acusé.

—Ah. —Arrancó una brizna de hierba y la trituro entre sus dedos—. Entiendo por qué estabas enfadada conmigo, Lucy.

Su pecho se hinchó un poco al ver que estaba usando su nombre de pila.

—Debería, como mínimo, haberme enterado de lo que había sucedido. A veces soy un poco impetuosa, y espero que pueda perdonarme por eso.

Lord Eastbrook negó con la cabeza.

—No me debes ninguna disculpa, Lucy, la verdad...

—¡Oh mire! —Señaló hacia la casa—. Mire lo hermosa que es. —El sol había bajado un poco más y teñía la casa de color ámbar. Destacaba entre los árboles y campos verdes como si fuera un faro brillante. Cuando se giró descubrió que la estaba mirando a ella en lugar de a la casa—. ¿Por qué me mira así?

—Realmente amas la casa, ¿verdad?

—Sí, así es. Es un lugar maravilloso lleno de historia y de belleza. ¿Cómo podría no amarlo?

—Te trajeron aquí cuando eras una niña. Pensaba que te podrías sentir intimidada en este lugar. Sin embargo lo has cuidado con todo tu cariño. Algo que muchos considerarían que era una carga muy pesada.

—¿Le parece que es una carga?

Theo levantó los hombros.

—Muchas cosas me parecen una carga. Pero esta casa no tanto. —Le dijo con una sonrisa que hizo que el corazón de Lucy se acelerara—. Y es gracias a ti.

—Entonces, ¿por qué nunca viene?

—Eso es un poco más difícil de explicar. —Se giró ligeramente para mirarla a los ojos—. No necesitabas disculparte, ¿sabes? De hecho, era yo quien debía haberse disculpado. Te dejé aquí sola, y nunca me ocupé de ti. Estaba demasiado enterrado entre... —Se frotó la mandíbula con una mano—. Bueno, has tenido que pagar el precio de mi negligencia y espero que algún día me perdones por ello.

Lucy lo miró fijamente. Bueno, eso había sido algo completamente inesperado. Nunca había pensado que su distanciamiento fuera un abandono. Simplemente había sido el momento perfecto para que ella tomara las riendas de todo y le demostrara que podía dirigir la casa. Pero supuso que tenía razón. La había descuidado.

Ella sonrió dulcemente.

—Le agradezco su disculpa. Aunque nunca me he sentido mal por eso. Como usted dice, amo esta casa y amo mi vida aquí.

Enfatizó esas últimas palabras con la esperanza de que las comprendiera bien. Y que reconsiderara el hecho de tener que casarla.

—Me alegro. Esta casa necesita de alguien que la ame. Sin duda has hecho un excelente trabajo manteniendo todo en funcionamiento. —Su mirada recorrió su rostro y aterrizó en sus labios—. Lucy, eres una mujer increíble.

Ella miró hacia abajo, el halago había calentado su corazón y se sentía feliz por dentro.

Pero Theo enseguida le puso una mano en la mejilla para obligarla a mirarlo. Lucy contuvo la respiración. No podía estar sucediendo y, sin embargo, así era, ¿verdad? Justo cuando el atardecer teñía los cerros de alrededor, el marqués había estado a punto de besarla.

Y realmente lo estaba deseando.

Theo le acarició la mejilla suavemente con un pulgar. Ella separó los labios y sostuvo su mirada, observando las diminutas motas oscuras que tenían sus ojos azules. Él se inclinó y cada músculo del cuerpo de Lucy se tensó completamente excitado. Pero se detuvo a tan solo un centímetro de distancia para que ella pudiera sentir su cálido aliento en los labios. Lucy entonces inhaló profundamente, y el ruido que produjo pareció sobresaltarlo. Retiró la mano de su rostro y retrocedió rápidamente.

Lucy parpadeó y se rodeó la cintura con los brazos. Parecía que lo que estaba sintiendo ya no era el encaprichamiento de una niña. No, no sabía qué era lo que estaba sintiendo pero, sobre todas las cosas, deseaba que la besara.

Santo cielo, en qué lío se estaba metiendo.

Capítulo ocho

Por primera vez en varias semanas, Theo se unió con Lucy para desayunar. Hizo un gesto de satisfacción al ver la gran variedad de comida y lo hermosamente puesta que estaba la mesa. Realmente había sido un idiota. No podía dejar de fijarse en todo el trabajo que hacía Lucy en la casa. En todos los menús que con tanto esmero preparaba, los trabajos de mantenimiento que organizaba y el mimo que ponía en los jardines. No debería haberla dejado sola tantos años.

El problema era que no estaba seguro de si él mismo debía estar en la casa después de haberla casi besado el día anterior.

Cuando pasó junto a Lucy para elegir su comida, le dedicó una sonrisa tensa y se fijó en que tenía los ojos muy abiertos y la sonrisa vacilante. Tomó una bandeja, se sirvió su desayuno y se sentó frente a ella.

Totalmente consciente de que ella observaba cada uno de sus movimientos, se sirvió un café fuerte, sin azúcar ni crema. En realidad, le gustaba el café de la manera menos masculina, dulce y con mucha leche. Pero supuso que sentía que no lo merecía, pues de alguna manera tenía que pagar su penitencia. Sonrió pensativo. Desear a su propia protegida tendría que castigarse con una penitencia mayor que no tomar el café tal como le gustaba.

La observó de soslayo hasta que se encontró con su mirada. Pero enseguida la desvió. No sabía si la tarde anterior la había dejado avergonzada, o incluso asustada.

Pero no era lo que reflejaba. De hecho, parecía tan ansiosa por besarlo como él a ella. Era joven y, sin duda, se sentía sola en ese lugar. No estaba haciendo las cosas normales que debería hacer una muchacha de diecinueve años. Probablemente había sido el primer hombre que intentaba besarla. Si a lo que ocurrió se le pudiera llamar un intento de beso. Apretó con más fuerza el tenedor. La simple idea de que podría ser el primer hombre que la besara hizo que se le calentase la sangre.

Respiró hondo y se concentró en la comida. Estar con ella en ese salón probablemente era un error, pero después de ver el esfuerzo que hacía cada mañana, no estaba arrepentido de haber venido. Lucy había hecho todo lo posible para que se sintiera cómodo en su propia casa y tenía que compensarla. Si eso significaba soportar desayunos incómodos, y otro mes sin dejar de sentir un ardiente deseo, lo iba a hacer.

Haría lo que fuera necesario para hacerla feliz. Reconocía que se lo merecía.

Se aclaró la garganta. Ella lo miró y dejó de cortar con mucho cuidado el tocino.

—Yo estaba... estaba pensando en organizar un baile de gala. Dentro de unas seis semanas.

Esperaba que para ese momento sus hermanos ya se habrían recuperado de sus distintas tareas. Y era tiempo suficiente como para organizar adecuadamente un baile. Tendrían muchas cosas que preparar, y eso los iba a mantener ocupados. Y más que nada, mantendría ocupada a Lucy. A todas las jóvenes les encantaban los bailes, ¿verdad? Preparar las flores, la comida y la lista de invitados la iba a hacer muy feliz.

—¿Un baile? —Repitió Lucy.

—Sí, ya es hora de que nos entretengamos un poco, ¿no crees?

Ella dejó el cuchillo y el tenedor y se quedó un momento mirando la comida que no había consumido.

—Si eso es lo que desea hacer.

—Estaba pensando en que podrías pasarlo bien organizándolo. Pero si no te apetece, no hace falta que te involucres. Al fin y al cabo, ya haces bastantes cosas en la casa. No me importaría responsabilizarme de todo. Tal vez sea demasiado trabajo para ti.

Dios, estaba divagando como un idiota y lo lamentaba

Lucy levantó la cabeza de golpe.

—No, no es demasiado trabajo. Puedo organizar perfectamente algo tan simple como un baile.

Sus palabras habían sido muy claras. Theo quería darse una palmada en la frente. Acababa de poner en duda sus habilidades organizativas. ¿Alguna vez conseguiría acertar con ella?

Tenía muchas ganas de hacerlo.

—Lucy —dijo en voz baja para que le prestara atención—. No pensaría mal de ti si no quisieras organizarlo. Es una idea mía y, debería ser yo quien la lleve a cabo.

—No creía que le gustaran los bailes —murmuró.

Theo simplemente se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? No le gustaban ni un ápice los bailes, pero era lo que su abuelo quería que hiciera. Y si sus hermanos tenían éxito en sus respectivas tareas, sin duda merecerían una celebración. Sin embargo, no estaba seguro de si Seth querría celebrar algo. Iba a depender de la esposa que eligiera.

También quería que Minerva estuviera dispuesta a asistir a su baile. Todavía no sabía nada ella, y parecía que Seth aún no había elegido a su futura esposa.

Apartó a un lado sus pensamientos, y volvió su atención al problema que tenía frente a él. El problema era Lucy. Efectivamente era un problema, aunque no tenía por qué serlo. Era la mujer más dulce, amable y eficiente que había conocido nunca. Eso no debería representar un problema en absoluto, sin embargo, sus sentimientos por ella...

Forzó una amplia sonrisa, terminó su café y empujó la silla hacia atrás.

—Creo que empezaré a prepararlo todo hoy mismo. El salón de baile necesita que se abra y se ventile.

Lucy también se puso de pie, con los hombros erguidos y la barbilla en alto.

—Iré con usted. No he estado allí desde que lo cerramos. Quiero ver qué es lo que hay que hacer.

—Realmente no hace falta...

—Quiero hacerlo —dijo ella muy decidida.

Theo la miró de reojo. No estaba seguro de estar dispuesto a discutir con ella. Con un poco de suerte, iba a disfrutar con los preparativos y se iba a dar cuenta de que era una oportunidad de conocer nuevos amigos y divertirse.

Pero por supuesto, también iba a conocer a nuevos hombres.

Su estómago se apretó de solo pensarlo. Tendría que presenciar como bailaba y hablaba con otros hombres. Y cuando la vieran se darían cuenta de que se había convertido en una joven tremendamente guapa. Apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula, y no la relajó hasta que llegaron al salón de baile. No tenía ningún derecho a pensar de esa manera. Eso tenía que parar.

Theo abrió de par en par las enormes puertas del salón de baile, y los recibió un fuerte olor a cerrado. La habitación estaba a oscuras y las contraventanas aún permanecían cerradas. Unos pequeños hilos de luz se colaban por los huecos de las ventanas, que llenaban de líneas la pista de baile. Los candelabros se veían lúgubres y polvorientos. Todos los demás muebles estaban cubiertos con sábanas.

Lucy subió a la pista antes que él, y observó el techo, donde aparecían algunas de las obras

de arte más intrincadas de la casa. Avanzó hacia el centro del salón hasta que quedó justo debajo de la lámpara de araña principal. Unos rayos de luz diminutos que se reflejaban en los cristales la llenaron de puntitos como si fueran estrellas. Theo estaba impresionado.

—¡Vaya! —Exclamó Lucy mirándolo—. Pensar que nunca antes había estado en este salón.

Theo continuaba en la puerta, incapaz de avanzar todavía. Había una razón por la que Lucy nunca había puesto un pie en esta habitación, incluso anterior a que abandonara la casa para siempre. Había asistido a muchos bailes en ese salón pues su difunta esposa había celebrado un montón de fiestas, quizás demasiadas. Incluso cuando le dejó claro que su forma de entretenerse se estaba convirtiendo en una carga para las finanzas de la familia, ella no dejó de hacerlo. Hasta que finalmente hizo cerrar la habitación con llave.

—Ven aquí —le pidió Lucy haciéndole una seña.

Tenía pocas posibilidades de negarse, así que respiró hondo, accedió la habitación y se dirigió al centro, donde se encontraba ella.

—Mire hacia arriba —le ordenó.

Hizo lo que le pedía y estiró el cuello para contemplar el techo.

—Sí, es maravilloso —dijo sin entusiasmo.

—No, mire ahí. —Dijo acercándose hasta que no hubo más que unos pocos centímetros entre sus cuerpos. Señaló hacia uno de los ángeles pintados en el techo—. Mire lo que sostiene el ángel.

Theo entrecerró los ojos para ver lo que había en una especie de placa de piedra.

—Una E y una H...

Lucy asintió con entusiasmo.

—Sí. Las mismas letras que hay en el techo del pasillo. ¿No lo ve? Son una carta de amor.

—¿Una carta de amor? —Preguntó Theo mirándola fijamente.

—Entre Edward y Harriet. Su tatarabuelo y su tatarabuela.

Theo parpadeó varias veces. Ella por supuesto que conocía la historia. Y a él ni siquiera se le había ocurrido que fueran las iniciales de sus antepasados.

Lucy suspiró y juntó las manos.

—Qué romántico.

Ni siquiera podía negarlo. No sabía mucho acerca del matrimonio de su tatarabuelo, pero aparentemente había sido feliz. Sus padres también habían sido felices. Al parecer, él era el único de la familia que no había elegido a una buena novia.

—¿Qué le ocurre?

Theo volvió a centrar su atención en ella.

—Nada.

—Sabe que puede mentirme —respondió con una media sonrisa

—No es nada que tengas que saber.

Lucy se puso las manos en las caderas.

—Theo... quiero decir, Eastbrook...

—Puedes llamarme Theo si quieres.

—¿Cuándo aprenderás que no me gusta que me mantengan en la ignorancia?

—Veo que parece que te gusta saberlo todo. —Respondió con una sonrisa reticente.

—Entonces, ¿no me vas a explicar por qué este hermoso salón, y la prueba del amor de tus antepasados, hacen que tus ojos se oscurezcan y tus labios se aprieten formando una delgada línea de desaprobación?

Theo se lamentó con un quejido. Creía haber mantenido invisibles sus pensamientos.

Ella se rio.

—¿Y por qué no reconoces que hay algo que te hace sufrir?

—Quizás es que sea un hombre al que le gusta guardarse algunas emociones para sí mismo.

—Un hombre no debería guardarse esas emociones para sí mismo si se le notan tanto en la cara. —Dijo inclinando la cabeza—. Especialmente siendo un hombre guapo como tú.

No era la primera vez que lo llamaban guapo. Incluso a su edad, y no iba a ser la última. Probablemente lo seguirían llamando guapo hasta los ochenta años, gracias a sus tierras y su título. Sin embargo, le gustó mucho haberlo escuchado por parte de Lucy.

Theo se pasó una mano por el pelo. Ella lo miró, todavía esperando. No tenía escapatoria. Podría huir como un cobarde o contárselo todo. No sabía de cuánto se había dado cuenta ella siendo niña. Había hecho todo lo posible para protegerla de la realidad de su matrimonio, y de la familia en la que acaba de entrar.

—A Julia le encantaban los bailes. En exceso. Gastó demasiado dinero y bailó con demasiados hombres...

La miró para ver si había entendido lo que le quería decir.

Nunca se demostró que su esposa hubiera tenido aventuras, y eso no era infrecuente entre la alta sociedad, pero él esperaba más de su matrimonio. Ingenuamente. Julia nunca estaba satisfecha, ni de él ni de su vida. Siempre quería más, constantemente.

—¡Oh! —Exclamó Lucy mirando al suelo.

—No sé si te das cuenta de lo que estuvo a punto de hacer con nuestro patrimonio. Casi nos arruinó. Gastaba todo el dinero que podía, ya fuera en juegos de azar, en ropa o en fiestas. —Juntó las manos detrás de la espalda—. Después de su muerte, quedó claro que debía grandes cantidades a todo tipo de personas que no tenían ningún sentido del decoro. Por eso hice cerrar esta habitación. Tuve que hacer lo que pude para frenar parte de sus gastos. —Miró alrededor de la lúgubre habitación—. Fue como poner un grano de arena para detener una inundación.

—Había escuchado hablar de sus extravagancias. Sin embargo, no era consciente de que había sido algo tan extremo. Es fácil imaginar que las damas de esta casa a menudo vivían de manera un poco extravagante, y que ella no había sido diferente.

De alguna manera, dudaba que Lucy viviera de manera extravagante, a pesar de que tenía libertad para hacerlo. Aunque quería más para ella, no estaba seguro de cómo podía proporcionárselo.

—Desgraciadamente, Julia vivió de una manera demasiado extravagante. Aún no se ha recuperado todo el dinero que dilapidó. —Relajó las manos y las soltó para tocarle la barbilla con un dedo, incapaz de resistirse a tocar fugazmente su piel suave—. Aunque tu excelente gestión de esta casa ha contribuido en bastante medida a que nos recuperemos.

—Por eso trabajas tan duro, ¿verdad?

Theo levantó un hombro.

—Quiero pensar que es porque no me gusta estar de brazos cruzados, pero sí, hay mucho trabajo que hacer para garantizar que este lugar se mantenga para las futuras generaciones.

A menos, por supuesto, que consiguieran la herencia. No estaba muy seguro de qué iba a hacer cuando eso sucediera. No podría permitirse llevar una vida ociosa, pero disminuiría mucho el peso de sus responsabilidades.

Lucy se alejó de él y abrió unas contraventanas. La luz entró a raudales, y casi los ciega, y se reflejó en los candelabros y los espejos que colgaban de las paredes. También brillaba en las cornisas doradas y en los marcos de los cuadros. La vida volvía a entrar en la habitación una vez más. Y en el centro de todo estaba Lucy, con la luz del sol sobre sus hombros, realzando el color

rojo de su cabello.

Ella le sonrió y enseguida hizo un pequeño giro.

—Si quieres celebrar un baile, lo haré... Por ti.

—Yo...

Antes de que pudiera pensar en nada, Lucy se acercó a él y le tomó la mano. Theo frunció el ceño al ver que lo estaba invitando a que bailaran y era incapaz de detenerse. Tenía una mano apoyada en su cintura y con la otra sostenía delicadamente la de ella. Bailaron en silencio formando en círculos, y lo único que se oía era el golpeteo de sus pies sobre el suelo de mármol. Lucy se rio, con una alegría que se reflejaba en sus ojos.

—Veo que todavía recuerdas cómo se baila.

No estaba seguro de lo que recordaba. Estaba sintiendo con una mano la ballena del corsé que se curvaba sobre su delicada cintura. Mientras, sus dedos se aferraban con toda suavidad a los de ella. Cuando miraba hacia abajo, veía su escote ligeramente cubierto de pecas. Nunca antes en su vida había tenido tantas ganas de besar unas pecas.

Nunca antes había deseado tanto a una mujer.

Y aunque no debería haber seguido con el baile, ella estaba sonriendo y contenta, y no se atrevió a dejarla sola.

De ese modo, bailaron hasta que ella se apartó sin aliento.

—Es usted todo un bailarín, señor. A mí, sin embargo, a mí le falta practicar bastante. Va a ser mi primer baile.

Theo sintió que su declaración tenía algún sentido, pero no podía identificar de qué se trataba.

—Eres una excelente bailarina —le dijo bastante rígido.

Lo cual era bastante diferente de lo que quería decir. Realmente quería decirle que le gustaría bailar con ella cada día. Que encantado la levantaría en sus brazos para verla reírse y sonreír.

Sacudió un poco la cabeza.

—Gracias por el baile, Lucy. Ahora, por desgracia, tengo varios asuntos que atender.

Se dio la vuelta y salió del salón de baile a toda prisa antes de que pudiera decir algo más. Tenía un grandísimo problema.

Capítulo nueve

Lucy entrecerró los ojos para ver mejor a lo lejos, y se tuvo que llevar una mano al corazón al sentir que daba un pequeño vuelco. No es que no lo hubiera visto antes en mangas de camisa, pero nunca lo había visto trabajando duro bajo el sol de la tarde. En ese momento Theo estaba lejos de lo que debía ser un señor de la casa.

Cuando aproximó a él, seguía concentrado en su trabajo de arreglar la cerca para el señor Smith. Miró a su alrededor pero no vio ni al granjero ni al cerdo descarriado que tantas veces se había escapado. Theo estaba enterrando un poste y sus músculos estiraban la tela de su camisa. Lucy no pudo evitar recordar el momento en que estuvo en sus brazos. Nunca en su vida se había sentido tan bien que cuando estuvo bailando en el salón de baile de Eastbrook en brazos de Theo. No le quedó más remedio que suspirar.

Pero no se había sentido bien desde entonces. Su tonto enamoramiento de niña pequeña había desaparecido, de eso no había duda. Aunque, por desgracia, había sido reemplazado por algo diferente, y temía que fuera mucho más profundo y aterrador.

Ahora entendía la razón por la que Theo había huido de la casa y no había regresado hasta ahora, por qué su comportamiento se había vuelto tan duro y su necesidad de estar siempre trabajando. Además, había tenido que prescindir de su propio brillo, el mismo que persistía en su imaginación desde que era niña. Ahora era un hombre de verdad, con sus defectos y sus miedos. Era un hombre de verdad que hacía que le doliera el corazón y le provocaba temblores por todo el cuerpo. Era un hombre de verdad al que deseaba besar.

Lucy tosió un poco, pero Theo continuó con el martillo. Por supuesto, sus sentimientos hacia él no los había cambiado el hecho de que estuviera planeando un baile, en el que probablemente sería presentada en sociedad. Un baile en el que conocería a algunos hombres, que finalmente se la llevarían lejos de ese lugar.

Qué ingenua era. Debería estar saboteando el baile, y no organizándolo. Pero si tenía éxito, tal vez Theo se iba a dar cuenta de que estaba en el lugar en el que debía estar. Eso era lo que de verdad deseaba. Y no ser la esposa de alguien a quien apenas conociera. Sentía que estaba destinada a cuidar de esa casa, aunque eso significara que nunca se fuera a casar.

Tosió de nuevo y dio un paso hacia adelante. Theo giró la cabeza y le sonrió. Había sido una de las pocas sonrisas genuinas que había visto en él, lo que hizo que su se alegrara de corazón. Bajó el martillo y se estiró limpiándose las manos en los muslos. Lucy primero recorrió su cuerpo con la mirada, y después se tuvo que obligar a fijarse solo en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo por aquí? —Preguntó.

—Voy al pueblo. Necesito hablar con el carnicero sobre la comida.

—Si me das un momento, te acompaño.

—Oh, realmente hay...

Theo la interrumpió volviendo a dar golpes al poste. De todos modos, no estaba segura de por qué protestaba, si quería demostrarle que pertenecía a ese lugar, no debería aceptar su ayuda. Pero la otra parte de ella deseaba que la acompañara. Las últimas semanas las cosas habían cambiado. Siempre quería estar con él, más que con cualquier otra persona. Quería hacerlo sonreír, saber más sobre su vida, e incluso entender por qué había regresado. ¿Era porque quería casarla? ¿Era por algo más? Pero siempre mantenía un frustrante silencio sobre el asunto.

Cuando Theo terminó de golpear el poste, recuperó su chaqueta y su corbata, que había dejado apoyadas en una valla cercana. Mientras se las ponía, Lucy desvió la mirada al sentir como si estuviera presenciando un momento muy íntimo. Era una situación que solo solían ver

su ayuda de cámara, su amante o su esposa. Tuvo que tragar saliva al sentir que le apretaba la garganta. Quería estar presente en ese tipo de situaciones. Quería ayudarlo a desatarse la corbata, o a abotonarse las mangas de la camisa.

Sonrió pensativa. Si supiera lo que estaba pensando, consideraría que estaba loca. Aunque la hubiera intentado besar por error, ella seguía siendo su protegida. Y así como su enamoramiento infantil había sido una tontería, también lo era éste. Y con toda seguridad iba a salir lastimada.

—Sabes, en realidad no hace falta que me acompañes. Soy bastante experta en gestionar menús. Aunque sean para cien personas.

—No lo he dudado ni un segundo. Aunque te haya convencido para que lo organices todo, reconozco que me siento un poco culpable. —Le dedicó una media sonrisa—. Al menos debería hacer algo para ayudarte.

—Tendrás el baile perfecto, lo prometo —respondió.

—¿Existe el baile perfecto?

Lucy le frunció el ceño.

—Si no te gusta celebrar bailes de gala, ¿por qué tenemos que hacerlo?

—Porque... —Hizo una pausa y apartó la mirada mientras seguían por el camino que iba hacia el pueblo—. Porque es importante reunir a mi familia —dijo con voz muy firme.

No parecía que fuera exactamente mentira, pero tampoco estaba convencida de que fuese verdad. Lo que aún dejaba la posibilidad de que el baile fuera a ser para ella, y así asegurarse de que dejase de ser un problema para él.

—Me va a encantar volver a ver a tus hermanas. ¿Vendrá Lady Minerva?

Theo asintió.

—Con un poco de suerte vendrá.

Aunque lady Angel y lord Seth habían visitado la casa en algunas ocasiones, lady Minerva rara vez venía debido a su miedo a viajar. Lady Angel era solo unos años mayor que ella, y había sido muy cariñosa con cuando llegó a la casa la primera vez. Pero todos ellos tenían unas vidas ocupadas en Londres, por lo que no los veía demasiado a menudo. Por lo menos eso le hacía ilusión.

—Espero que venga. Me parece una pena que esté prácticamente atrapada en Londres por culpa de sus miedos.

Theo hizo un gesto extraño.

—¿Y tú no te sientes atrapada aquí?

—¡Dios mío, no! Prefiero estar aquí que en Londres. Con toda seguridad. Amo el campo y amo Eastbrook. Y sinceramente no me quiero ir a ningún otro lugar.

Él se rio entre dientes.

—Muy bien, te creo.

¿Pero había sido suficiente para convencerlo de que no debía irse de ese lugar? Simplemente no lo sabía. Supuso que podría preguntarle sobre sus preocupaciones, pero si se equivocaba, se iba a sentir como una tonta. Y aunque tuviera razón, ¿qué podría hacer al respecto? Su destino estaba en sus manos. Ser mujer tenía sus bendiciones, pero en momentos como ese, no podía evitar desear haber nacido hombre.

Theo la dejó negociar con los carniceros, incluso cuando pensó que él también podría haber intervenido. Supuso que era bastante impresionante que un marqués se hiciera a un lado dejando que una muchacha tomara el control. Especialmente para un hombre como Theo, que estaba acostumbrado a estar a cargo de todo. Ella sabía lo duro que trabajaba, y cuánto se preocupaba

por su familia. Ahora que entendía que estaban pasando una época de restricciones financieras, tenía sentido que se pasara tanto tiempo en el estudio.

Pero, al menos, ahora estaba recibiendo de él algo más que una sonrisa ocasional.

Cuando regresaron a la casa, Theo se excusó para ir a lavarse y a cambiarse. Lucy lo vio subir las escaleras antes de dirigirse al estudio. Pasó los dedos por los libros abiertos, y sonrió ante las manchas de tinta y las páginas escritas. Sí, sus sentimientos hacia él habían cambiado. No, en su mente ya no era esa especie de hombre perfecto. Pero seguía siendo un hombre trabajador y caballeroso, así como la persona más amable que había conocido.

Suspiró, se dejó caer en la silla y sacó una hoja de papel. Todavía faltaba un poco para celebrar el baile, pero había mucho por hacer, y como ya se había reunido con el carnicero, podía empezar a planificar el menú.

Estaba tan absorta en sus planes que apenas se dio cuenta cuando Theo entró en la habitación. Pasó por detrás de ella y se inclinó para ver lo que estaba escribiendo. Lucy resopló y tachó algo que había decidido, pero enseguida lo volvió a escribir.

—Planificar una comida para cien personas es más difícil de lo que pensaba —se quejó.

—Puedo ayudarte, si quieres —le ofreció—. Aunque tampoco puedo decir que haya organizado nunca un menú para cien personas.

Lucy sacudió su cabeza.

—Lo puedo manejar. —Dijo frunciendo el ceño ante el desorden que tenía frente a ella, sus dedos cubiertos de tinta y las manchas que llenaban el papel—. Lo creas o no, tengo algunas ideas. Aunque puede que esto no lo refleje.

—Confío en ti, Lucy.

Sus palabras le produjeron una gran satisfacción. Theo se inclinó hacia ella y le dio un breve beso en la sien. Lucy al sobresaltarse se giró y, como él estaba quieto, sus labios chocaron.

Al principio se quedó paralizada, igual que él. Pero rápidamente comenzó a sentir el calor de su boca. Theo gimió y le sujetó la nuca. Sus dedos estaban ligeramente ásperos, probablemente por el trabajo que había hecho en la cerca, y estaban calientes. Oh, demasiado calientes. Sin embargo, era su boca la que llamaba su atención. Theo movió sus labios sobre los de ella, sintió calor por todo el cuerpo, y comenzó a oír su propio pulso latiendo con fuerza en sus oídos. Entonces le respondió de la misma manera, imitando sus movimientos con los ojos cerrados mientras disfrutaba de cada segundo.

Theo cortó el beso lentamente. Mantuvo la mano en su cuello y los labios a solo unos centímetros de los de ella. La buscó con la mirada, pero ella no estaba segura de lo que quería para poder dárselo. Lo único que tenía claro era que deseaba que le diera otro beso como ese. Que no se parecía a nada que hubiera llegado a imaginar.

—Lucy —suspiró—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Bésame, era lo que quería responderle. Pero la palabra quedó atrapada en su garganta.

Theo se estiró y se pasó una mano por el pelo.

—¿Y qué voy a hacer contigo? —Murmuró, le hizo una leve reverencia y se dirigió hacia la puerta— Te dejaré tranquila para que organices el menú.

—Theo

Pero no esperó ni se dio la vuelta. ¿Ni siquiera sabía si la había escuchado?

Se tocó los labios con los dedos que todavía le hormigueaban. Dejó caer la pluma, bajó la cabeza hacia el escritorio y la apoyó contra la fría madera con la vaga esperanza de que calmara su mente acelerada y su corazón palpitante.

¿Por qué la había besado? ¿Por qué lo había hecho? Especialmente si su intención era

casarla con otro hombre. ¿Y por qué se seguían produciendo entre ellos momentos como ese?

Sabía que quería que volvieran a suceder. Era lo que más deseaba. Casi más que seguir viviendo en esa casa. Y sospechaba que por ese hombre iba a ser capaz de hacer cualquier cosa.

Capítulo diez

Theo apretó los labios al ver que Lucy estaba luchando contra su paraguas. El tiempo veraniego había dado paso a lo que probablemente iba a ser una breve racha de vientos y lluvia. Las gotas de agua se deslizaban por las ventanas de la galería bloqueándole la vista, lo cual le molestaba bastante.

El paraguas se puso del revés y Lucy tuvo que hacer un gran esfuerzo para sujetarse el sombrero. Iría a ayudarla enseguida, pero le gustaba mirarla desde ahí. Pero vaya, le gustaba contemplarla desde cualquier lugar. Al menos desde ahí no tenía que relacionarse con ella. Los últimos días se habían estado esquivando el uno al otro. Pero ella seguía lanzándole miraditas pícaras que le calentaban la sangre. Y de vez en cuando, sus labios se abrían como si estuviera recordando el beso.

Ese maldito beso.

Podía decirse a sí mismo que se estaba arrepentido. Que Lucy no sabía lo que hacía y era inocente, y que él se había aprovechado. Pero se estaría mintiendo. Y no le hacía ningún favor a ella.

Había pocas mujeres tan brillantes como Lucy, y durante las últimas seis semanas le había demostrado que era una persona muy capacitada e inteligente. Y además, no hacía nada que no deseara hacer, por lo que no debía atribuirse todo el mérito de haberla seducido para darle ese beso.

Tampoco lo lamentaba, en realidad. El hecho era que quería otro. Y otro. Y otro.

Se pasó una mano por la cara, bajó las escaleras y salió por la puerta principal para ayudar a Lucy con el paraguas. Ella le sonrió agradecida.

—No sé de dónde salido este viento. Estaba soleado cuando salí hace un rato.

Theo guardó el paraguas, y la ayudó a entrar. La lluvia había oscurecido sus rizos rojos y una pequeña gotita le resbalaba por el puente de la nariz. Sin pensarlo, Theo se la limpió y ella se quedó quieta, con los labios entreabiertos. ¿Cómo era posible que simplemente por tocarle la nariz ambos volvieran a pensar en besarse?

Supuso que ella estaba pensando lo mismo. Lucy no era precisamente experta en ocultar sus emociones, y él esperaba no ser tan evidente.

—Me alegro de que estés en casa. —Dijo uniendo las manos detrás de la espalda.

—Gracias. —Lucy se quitó el sombrero con cuidado y se lo entregó al mayordomo. Enseguida comenzó a desabotonarse la pelliza—. ¿Me has echado de menos? —Preguntó con una sonrisa tímida.

—No. —Respondió Theo aclarándose la garganta—. Quiero decir, que sí... bueno... —Maldijo para sí mismo—. Tienes unas visitas que te están esperando.

La frente de Lucy se arrugó.

—¿Visitas? Pero si no tenía programada ninguna visita hoy.

Theo señaló con la cabeza hacia el salón.

—Te están esperando ahí.

Con el ceño todavía arrugado, Lucy se dirigió hacia el salón y abrió la puerta. Theo la siguió, y se detuvo a su lado cuando vio a las tres mujeres. Al volverse hacia él, Lucy lo miró con una pequeña sonrisa.

—¿Qué es esto? —Preguntó.

—Tu doncella me contó que normalmente los miércoles tomabas el té de la tarde con tus amigas. Pensé que ya era hora de que continuaras con la tradición.

Después de hablar con la doncella de Lucy, Theo se dio cuenta de que había cortado toda su vida social. Sin embargo, en general no vivía aislada y tenía un grupo de amigas con las que se reunía habitualmente.

Ella miró al suelo y enseguida levantó la vista.

—¿Las invitaste para que vinieran?

Theo asintió.

—El hecho de que yo haya regresado no significa que tengas que dejar de divertirme. Además, ya es hora de que te tomes un descanso de los preparativos para el baile.

Lucy arqueó la boca sorprendida. Al menos sabía que había dejado de juntarse con sus amigas desde que él había regresado. Y Theo lamentaba haber tardado tanto tiempo en darse cuenta de todo a lo que ella estaba renunciando porque él estaba en casa. Pero con suerte, este pequeño gesto le permitiría a darse cuenta de que él no era un tirano.

No quería pensar demasiado en por qué necesitaba que ella lo tuviera claro.

Inclinó la cabeza hacia las tres mujeres y salió por la puerta.

—Te dejo aquí.

Lucy giró sobre sus talones.

—Oh no, puedes quedarte. Por favor...

Theo negó con la cabeza. Incluso aunque hubiera querido quedarse, no iba a invadir su pequeño momento de placer. Lucy merecía toda la felicidad del mundo, y si podía hacer algo para asegurarse de que eso fuera así, lo haría. Para ser una mujer que se había quedado huérfana

tan joven, tenía un carácter fuerte y vivaz.

Sacudió la cabeza pensativo mientras se dirigía hacia el estudio. De alguna manera, Lucy nunca había permitido que las cosas malas que le habían sucedido oscurecieran su visión de la vida. A diferencia de él. ¿Quién habría pensado que un hombre de su edad podría aprender algo de una muchacha de diecinueve años?

Se dejó caer en la silla y hojeó su diario. Le quedaban otras dos semanas más, y ya volvería a ser libre. Dos semanas más, y Lucy desaparecería de su vida.

Por supuesto que la pensaba visitar más a menudo y se iba a asegurar de que tuviera todo lo necesario para poder tener un futuro excelente. Todavía tenían que hablar sobre lo que implicaba ese futuro excelente. Seguramente querría ir a Londres en algún momento. Tal vez fuera a conocer a un joven del que se enamoraría. Al pensarlo tuvo que apretarse el estómago con un puño para aliviar la tensión que se le había formado.

De todos modos, también pensaba hacer lo necesario para compensar los años en que fue negligente con ella.

Cuando Barnes le llevó el té de la tarde llegó hasta el estudio el sonido una risa. Theo también sonrió.

El mayordomo, normalmente inexpresivo, también tenía una sonrisa.

—Es agradable oír risas por aquí, ¿verdad, señor?

—Así es.

—La señorita Jameson parece tener una gran habilidad para hacer amigos —le comentó Barnes—. Amistades adecuadas, por supuesto.

Theo fijó su atención en las cartas que tenía en frente. Lo que Barnes le estaba diciendo en realidad era que los amigos de Lucy eran completamente diferentes a los de Julia. Por desgracia, el mayordomo se había visto obligado a lidiar con muchos de los problemas en los que se había metido su difunta esposa. Fue un milagro que consiguiera conservar su trabajo.

Theo se llevó la punta de la pluma a la boca.

—Barnes, ¿crees que la señorita Jameson es feliz aquí?

—Con toda seguridad. A ella le encanta esta casa, señor.

—¿Pero no crees que una joven como ella debería salir más del mundo?

—¿Está pensando en llevarla a Londres, señor?

Theo asintió. Sin embargo, no sabía si sus motivos eran egoístas o no. La idea de separarse de Lucy lo dejaba completamente vacío. Pero si la llevaba a Londres, tendría que compartirla con otras personas. Necesitaba saber qué era lo mejor que podía hacer.

—Sin duda a la señorita Jameson le iría bien ir a Londres. Estoy seguro de que sería popular gracias a su apoyo, señor. Hay pocas mujeres tan afortunadas como para tener un tutor como usted. —Barnes le terminó de servir el té—. Quizás sería mejor que hablara con ella en vez de conmigo, señor.

Theo respondió con un gesto de disgusto. Barnes tenía razón, pero hablar a solas con Lucy siempre parecía llevarlo por el camino que no debía tomar. No tenía por qué ser tan difícil convivir dos semanas más sin volver a besarla, pero si quería hacerla feliz y compensar su negligencia, no debería retirarse y evitarla nuevamente.

La respuesta era realmente simple. Simplemente tenía que tener un mejor control sobre sí mismo.

—Lo intentaré —prometió al mayordomo.

—La señorita Jameson es una joven que sabe exactamente lo que quiere. Estoy seguro de que ella se lo dirá, señor.

Theo asintió riéndose.

—Yo tampoco tengo ninguna duda.

Terminó de escribir una carta a su madre para comprobar el progreso de sus hermanos y enseguida la secó. Mientras la sellaba, la puerta del estudio se abrió de golpe y una ráfaga de muselina rosa revoloteó por la habitación hasta caer en sus brazos.

—¡Uf! —La silla se balanceó hacia atrás cuando cayó todo su peso sobre él y sus brazos la rodearon automáticamente—. Lucy...

Pero ella lo besó en los labios con gran seguridad. No había forma de escapar de ella aunque quisiera.

—Gracias —dijo y retrocedió después de darle otro beso en la boca—. Gracias, gracias, gracias.

Y enseguida le dio varios besos más en la boca.

—¿Gracias de qué?

—Por invitar a mis amigas. Pasamos una tarde maravillosa.

Desconcertado, se echó hacia atrás para mirarla.

—Lucy, yo solo...

Ella lo besó de nuevo.

—Eres un súper buen hombre. Siempre supe que lo eras.

—Fue solo un encuentro para tomar el té de la tarde —protestó.

—Pero, ¿es que no lo ves? Es más que eso. Ha sido un gesto cariñoso. Puede que para ti no haya tenido importancia, pero para mí sí.

Theo soltó una risita.

—Si hubiera sabido que algo tan insignificante te haría tan feliz, lo habría hecho muchas veces antes.

Ella le rodeó la cara con las manos y lo besó de nuevo. Pero estaba volviendo a ocurrir. Volviendo a ocurrir. Theo gimió y la besó profundamente, saboreando todos los rincones de su boca. El sabor del té y de las galletas azucaradas todavía permanecía en sus labios. La abrazó todo lo fuerte que pudo, y su cuerpo reaccionó al sentir el calor de su piel pegada a él. Mientras ella se mecía contra él, con su trasero perfectamente encajado en su regazo.

Theo se apartó un momento con la respiración entrecortada y le sujetó la cara con fuerza.

—Lucy, ¿qué estamos haciendo? —Preguntó con voz ronca.

—No lo sé —respondió ella sin aliento—. Pero quiero volver a hacerlo.

Su mirada mostraba una clara determinación, por lo que volvió a besarla intensamente hasta que sus lenguas se encontraron. Su cuerpo se incendió como si fuera un infierno en llamas que solo ella podría apagar. Continuó dándole besos por la mandíbula y el cuello, dándole mordisquitos a medida que avanzaba. Ella se retorció de placer mientras entrelazaba sus dedos en su cabello y murmuraba su nombre. Que para él era el sonido más dulce que jamás había escuchado.

Theo descendió hasta su pecho y gimió al sentir su delicada piel confinada dentro de su corsé. Después volvió a reclamar su boca mientras la agarraba de los hombros. Pero se apartó cuando la situación se volvió demasiado intensa, pues sabía que estaba llegado a un punto sin retorno. A pesar de que había retrocedido, continuó presionando su frente contra la de ella mientras ambos respiraban entrecortadamente.

—Lucy...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Si manifiestas cualquier tipo de arrepentimiento, no voy a ser responsable de lo que te

pueda hacer.

Theo sonrió.

—No sé cómo podría arrepentirme de algo así. —Dijo apartándose un poco para observarla—. Pero necesito estar seguro de que sabes lo que estás haciendo.

Las mejillas de Lucy se sonrosaron levemente.

—Eres el primer hombre al que he besado. No sé lo que estoy haciendo. Sin embargo, sí sé que deseo besarte y que cuando lo hago siento algo que nunca había sentido antes.

Theo suspiró y le frotó la mejilla con el pulgar. No sabía cómo había acabado con una mujer tan hermosa y maravillosa entre sus brazos, y no tenía ningunas ganas de perderla. Tendrían que navegar por un territorio difícil, sobre todo porque ella era su protegida, pero por primera vez en su vida quería volver a surcar las agitadas aguas del amor, y deseaba que fuera con ella.

Capítulo once

—¿Lucy?

Estaba junto la puerta del estudio, justo delante del estrecho espacio desde donde podía ver a Theo sentado en su escritorio. Sabía que no debía molestarlo, pero no había podido evitarlo. Esas últimas dos semanas habían sido... sonrió pensativa... bueno, maravillosas, asombrosas y completamente inesperadas.

Pero él tenía que trabajar y no podía monopolizar todo su tiempo por mucho que lo deseara. Afortunadamente, el baile la mantenía ocupada. Entrelazó los dedos por delante de su vientre. El baile... Todavía le suscitaba algunas preguntas. Posiblemente se había equivocado en sus suposiciones. ¿Por qué si no la habría besado y le decía cosas cariñosas todo el tiempo? Sin embargo, todavía necesitaba confirmar con él que no tenía la intención de obligarla a marcharse.

El problema era que no quería estropear esos sentimientos tan mágicos.

Desentrelazó los dedos y abrió la puerta poco a poco. Theo tenía un montón de papeles esparcidos a su alrededor, llevaba el pelo revuelto y tenía los dedos manchados de tinta. Su corazón dio un pequeño vuelco al verlo, a pesar de que ya lo había visto durante el desayuno. ¿Dejaría alguna vez de pasarle eso? En cierta manera, sospechaba que no. Después de estar apenas dos horas alejada de él, ya extrañaba sus dedos, su boca y la forma en que le hablaba.

—¿Necesitas algo? —Preguntó mientras Lucy entraba en la habitación.

—A ti —le soltó rápidamente y se tapó la boca con una mano.

Theo se rio entre dientes.

—Vale.

Lucy se quitó la mano de la boca.

—Es que... esperaba que pudieras salir a dar un paseo conmigo.

Theo echó un vistazo al papeleo que tenía por delante, luego se inclinó y se llevó las manos a la cabeza.

—Debería seguir trabajando.

—Sería una especie de trabajo. —Respondió ella rodeando el escritorio para sentarse en una esquina—. Necesito saber qué flores silvestres tenemos ahora en la finca para ver si las podríamos utilizar para el baile.

Theo elevó las dos cejas.

—¿Flores silvestres?

Lucy asintió.

—La señora Groves y yo somos conocidas por montar arreglos florales con flores silvestres maravillosos. Pero no temas, todo lo que haga será muy bonito, te lo prometo.

Theo sacudió la cabeza y sonrió.

—No tengo miedo de eso. Sé que cualquier cosa que hagas será perfecta. Es solo que... bueno, no hay demasiadas mujeres que se contenten con unas sencillas flores de campo.

—Como tu esposa.

Lucy no tenía la intención, pero sus palabras sonaron un poco bruscas.

—Perdóname, no quise hacer ninguna comparación entre vosotras dos. Y desafortunadamente para Julia, ella no estaba a tu altura.

—Pobre Julia —murmuró Lucy.

Theo entrecerró la mirada durante un momento.

—Sí, tienes razón. Pobre Julia. Quizás si hubiéramos tenido una mejor relación, podría haberla ayudado a contener sus gastos y su... comportamiento errático.

—No tengo ninguna duda de que lo intentaste. Fuiste un buen marido. Aunque eras joven, ya entendías muchas cosas.

Theo se inclinó hacia ella y le apretó una mano.

—No puedo negar que me arrepiento de algunas cosas del pasado. Sobre todo de haberte abandonado. Por eso haré todo lo posible para compensártelo.

—Ya lo estás haciendo. —Le sonrió, se bajó de la mesa, agarró su mano y tiró de él para que se pusiera de pie—. Pero si realmente deseas compensarme, me tienes que acompañar ahora mismo.

Theo le apartó un mechón de pelo de la cara y la miró intensamente a los ojos.

—Eres una pequeña descarada y exigente, ¿no?

—El aire fresco te sentará bien.

—Y pasar un rato a solas...

Lucy se mordió el labio y asintió. Habían tenido cuidado de no delatarse ante ninguno de los sirvientes o los empleados de la casa. Pero su doncella estaba al tanto de lo que estaba sucediendo; finalmente, Lizzie lo sabía todo sobre su vida y no podía guardarle secretos. ¿Una pupila y su tutor juntos? Mucha gente consideraría que era algo escandaloso.

¿Pero cómo iba estar mal algo así? Nunca se había sentido más feliz en su vida.

Theo le dio un casto beso en los labios.

—Estoy seguro de que te puedo dedicar unas horas. Aunque no voy a fingir que sepa mucho sobre flores.

—Perfecto. —Lucy juntó las manos—. Nunca se sabe, pero es posible que aprendas algo, Theo.

Él se quedó quieto justo cuando estaba poniéndose la chaqueta.

—Repítelo.

Lucy frunció el ceño.

—¿Qué?

—Mi nombre.

—No es la primera vez que lo digo.

—Y sin embargo, nunca me cansaré de escucharlo en tus labios.

Entonces le sujetó un instante la barbilla y le dio otro beso, esta vez un poco más fuerte.

Lucy dudaba de que alguna vez se cansara de decir su nombre, ni de recibir besos por algo tan trivial. Suspiró pensativa. De alguna manera, tendría que abordar el tema de su futuro. ¿Iban a llegar a alguna parte? Aunque habían pasado bastante tiempo separados, sabía que Theo no era en absoluto un mujeriego. Todo el mundo reconocía que el marqués de Eastbrook era un hombre con una gran altura moral.

Sin embargo, no podían pasar el resto de sus vidas escondiéndose y dándose besos robados. Por mucho que se estuviera divirtiendo, necesitaba saber hacia dónde la llevaba todo eso.

Especialmente si la iba a llevar a Londres, o a alejarla de la casa.

Cuando ya iban lejos de la casa, Theo entrelazó con cautela una mano con la de ella cuando ya estaban fuera de la vista de nadie. No podía negar que era emocionante vivir con tanto ocultamiento y secretismo, pero ¿cuánto tiempo más podrían continuar con esa artimaña?

Lucy entrelazó sus dedos con los suyos y disfrutó de la calidez de sus grandes manos. El sol de verano permanecía alto en el cielo y les regalaba su calor. Inclinó la cabeza brevemente hacia

arriba para sentir el calor en su rostro, y enseguida miró furtivamente a Theo. Descubrió que estaba mirándola como si fuera una especie de rompecabezas. Tenía una expresión que veía con bastante frecuencia en él. No sabía qué es lo que lo desconcertaba de ella. Siempre se había considerado una persona bastante abierta, aunque tal vez él también estuviera dándole vueltas a lo que debían hacer respecto a su relación.

—Hay un campo de flores silvestres bastante bonito más adelante. —Dijo señalando la cima de la siguiente colina.

El asintió.

—Lo recuerdo.

Ella lo miró tímidamente.

—A veces olvido que este es el hogar de tu infancia. Tienes que haber explorado cada centímetro de este lugar cuando eras más joven.

—Así es, pero no te equivocas al contarme todas estas cosas. Han pasado muchos años desde la última vez que subí a los cerros para recorrer los terrenos que rodean la finca. En cuanto comencé a ser un hombre, ese tipo de aventuras dejaron de ser aceptables.

Lucy frunció los labios.

—Si pudieras, ¿renunciarías al título por más que hayas trabajado muy duro para conseguir?

—No creas que no lo he pensado, pero hay tanta historia detrás de este título. —Le apretó la mano—. Me has hecho que lo recuerde, Lucy.

Ella se encogió un poco de hombros.

—Yo no tengo una historia propia. Por eso me siento un poco culpable de por haber adoptado a tu familia como si fuera la mía.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? Te acogimos, y tienes todo derecho de quejarte de nosotros. —Le soltó la mano y le pasó un brazo alrededor de la cintura para acercarla a él—. A mí, sin embargo, me gustaría quejarme de una cosa...

Lucy contuvo la respiración. ¿De ella? ¿Qué significaba...?

—Necesito un beso —murmuró.

Se había asustado un poco incluso cuando sus labios se posaron sobre los de ella. De alguna manera, tendría que reunir el valor necesario para abordar su futuro con él. Puede que no tuviera pretendientes esperando entre bastidores, pero tampoco tenía la intención de ser amante de nadie. No es que realmente pensara que Theo quisiera algo así. Especialmente después de lo que había pasado con su esposa.

Sin embargo, necesitaba saberlo con total certeza.

Theo retrocedió y buscó su mirada. Tenía una pequeña arruga entre las cejas. Pero sacudió levemente la cabeza, volvió a tomar su mano y se dirigieron hacia el campo de flores silvestres.

Theo la ayudó a pasar una valla y ella se detuvo para admirar la variada colección de colores que tenía ante sus ojos: rojos mezclados con verdes y azules, y ocasionalmente con algunas ramitas blancas y moradas. En su cara apreció una gran sonrisa.

—Estas serán perfectas.

—Como te dije, sé muy poco de flores, pero estoy seguro de que crearás algo maravilloso con ellas. Aunque, por mucho que quiera que las cosas se hagan con un presupuesto limitado, perfectamente podemos gastar más dinero en los arreglos florales, si eso te hace la vida más fácil.

Ella negó vigorosamente con la cabeza.

—No, no quisiera gastar dinero en algo así y, además, será divertido crear algo a partir de lo que ya tenemos.

Lucy sintió que Theo la observaba mientras caminaba por el campo, tocando algunas flores, imaginando cómo sería combinarlas. Él la esperaba junto a la valla, recostado apoyando los codos en la barandilla de madera.

Tuvo que tragar con fuerza cuando regresó al lugar donde la esperaba. ¡Cielo santo! Le parecía que era el hombre más guapo del mundo. Eso le hacía aún más difícil sacar a relucir el tema de su futuro. No había nada que deseara más que perderse en sus brazos y en su cuerpo, simplemente para disfrutar de su compañía. Sin embargo, la parte de ella que buscaba organizar su vida también necesitaba respuestas sobre su futuro.

—¿Theo?

Theo se alejó de la valla y rodeó su cintura con sus brazos. Le pasó un dedo por la mejilla y acarició sus labios trazando su curva. Cada centímetro de su cuerpo hormigueaba cuando la tocaba.

—No hay nadie como tú, Lucy, espero que lo sepas.

Ella buscó su mirada azul. Evidentemente hablaba con absoluta sinceridad. No creía que nunca hablara sin ser sincero. Su corazón se expandió un poco más, como si quisiera estirarse hacia él y entregarse.

Apretó los labios y respiró hondo. Lo único que tenía que hacer era formular la pregunta. De alguna manera. ¿Cuál iba a ser su futuro? ¿Qué pensaba que iba a ser de ellos? Era fácil.

Excepto que no lo era.

—¿Exactamente por qué regresaste a Eastbrook, Theo? —Preguntó en cambio.

Él se puso rígido y algo extraño brilló en su mirada. Un nudo de tensión le apretó la garganta.

—¿Theo? —Lo presionó.

Theo sonrió, aunque parecía tenso.

—Ya era hora, eso es todo.

—¿Y el baile?

—Pensé que ya era hora de celebrar un baile.

—Pero...

Theo le tomó la mano.

—Vamos, parece que va a llover. Lo último que quiero es que te enfermes.

Lucy frunció el ceño ante la solitaria nube gris que había en el cielo, que probablemente no haría otra cosa que pasar sobre ellos, pero se dejó arrastrar. Simplemente tenía preguntarlo... tan solo preguntarlo...

¿Tenías la intención de casarme con alguien?

Pero la pregunta continuó resonando en su mente. Si llegaba a expresar esas palabras, tal vez podrían convertirse en realidad y terminaría todo entre ellos. Y simplemente no estaba preparada para eso todavía.

Capítulo doce

Aunque Theo sonrió cálidamente al señor Barton, le era difícil disimular lo ansioso que se sentía por esta reunión. No había dudas de que había cumplido con su tarea, pero ¿y sus hermanos? El futuro de esa casa, que Lucy amaba tanto, dependía de ello. ¿Iba a ser capaz de conservarla para ella?

El señor Barton y su sobrino estaban sentados frente a él en el estudio. Theo hizo lo mismo y se obligó a relajar los puños.

—Es un placer verlo de nuevo, señor Barton. —Se obligó a ofrecerles una sonrisa, que sin duda se vería forzada.

—Lo mismo digo, señor.

El señor Barton sacó una carta y se la entregó a Theo. Theo frunció el ceño al ver el sello pues reconoció que era el de su abuelo.

—Por favor, no me diga que hay otra tarea que hacer —se quejó.

El señor Barton sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Ha permanecido en esta casa durante dos meses. Y veo que los preparativos para el baile están en marcha. Según las instrucciones de su abuelo, su tarea ya está terminada.

—¿Y las tareas de los demás?

El abogado esbozó una sonrisa forzada.

—Lady Minerva ha completado su la suya. Regresó de Escocia con una nota de su abuelo.

Theo se quedó boquiabierto.

—¿Una nota? —Repitió.

—Así es.

Theo miró primero al abogado y después al sobrino, pero el joven desvió la mirada.

—¿Minerva tuvo que ir hasta Escocia a buscar una simple carta?

El señor Barton se encogió de hombros.

—Usted sabía tanto como yo, señor. Pero... ha habido... un pequeño cambio con respecto a lady Minerva.

—¿Un cambio?

—Me reuní con ella a su regreso, pero parece que, bueno, ha decidido volver a Escocia.

Theo se llevó los dedos a la frente.

—¿Por qué diablos Minerva iba a volver a Escocia? ¿El abuelo le propuso otra tarea?

—Creo que ha sido por su propia voluntad —explicó el Sr. Barton con un tono extraño en la voz.

Theo parpadeó varias veces. Era difícil imaginar que Minerva hubiera ido a Escocia, y mucho menos que decidiera volver a hacerlo tan pronto. Algo tenía que ir mal.

—¿No puede me puede decir por qué lo ha hecho?

—Me temo que no, señor —respondió el abogado.

—Será mejor que regrese a Londres y hable con mi madre sobre este asunto.

El señor Barton asintió y su postura se relajó ligeramente.

—Me parece una excelente idea, señor.

Si el señor Barton no se oponía, tendría que viajar a Londres enseguida. No le iba a llevar mucho tiempo ir en un carruaje si partía tan pronto como terminara la reunión.

—¿Y qué hay de Seth y de Angel?

El señor Andrews se inclinó hacia adelante.

—Tan pronto como hayamos terminado aquí, voy a ir a ver a la señora Stone para comprobar si Angel cumplió con todas sus obligaciones.

Theo volvió a apretar los puños.

—Entonces, ¿aún no sabemos si ha cumplido con su tarea?

El señor Barton le ofreció una sonrisa.

—Estaba cumpliendo muy bien con la tarea la última vez que hablamos. Tengo muchas esperanzas de que haya cumplido con lo que tenía que hacer.

—¿Y Seth?

De todos los hermanos, la de Seth era la tarea más difícil. No estaba realmente seguro si quería que Seth cumpliera con su cometido. ¿Casarse con una mujer desconocida? Deseaba algo mejor para su hermano que eso.

—Seth si que ha cumplido con su tarea. —La sonrisa del señor Barton se hizo más amplia—. De hecho, acaba de comprometerse. Estamos preparando la solicitud de la licencia para casarse y necesitaremos de su firma.

El abogado empujó un documento sobre el escritorio.

Theo entrecerró los ojos al ver el nombre de la mujer. Prudence Hastings. No lo recordaba para nada. Por lo que era cierto que Seth se iba a casar con una desconocida.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Y Seth está... feliz?

—Creo que está muy enamorado.

—¿Enamorado? —Farfulló Theo—. Dios mío, debe ser una gran mujer.

—Tuve el placer de conocerla ayer, y creo que lo es. —Le aseguró el señor Barton.

—Entonces, ¿solo nos falta tener noticias de Angel? —Preguntó Theo.

—Mi sobrino viajará a Berkshire lo antes posible y me informará. Tan pronto como reciba ese informe, podré verificar que todas las cláusulas se han cumplido y podré entregarles la herencia. —El señor Barton se levantó y le extendió una mano—. Lo felicito sinceramente.

Theo se puso de pie y le dio la mano. También al señor Andrew.

—Y una vez que haya confirmado que mi hermana ha cumplido con su tarea, ¿ya podemos hablar abiertamente sobre este asunto?

—Efectivamente. Le enviaré un mensaje tan pronto como lo sepamos. Hasta entonces...

Theo asintió. Tendría que esperar un poco para poder decirle a Lucy por qué había regresado exactamente.

—Bien hecho, señor, puede sentirse orgulloso de todo lo que ha llevado a cabo su familia.

Theo esperó hasta que ambos hombres se marcharon y se dejó caer en la silla. Seth iba a casarse. Con un poco de suerte, Angel no había tenido problemas y, en principio, habría aprendido el valor del trabajo duro; y por alguna razón, Minerva había decidido volver a Escocia, lo que debía significar que había superado sus miedos, pero aun así le preocupaba.

Tendría que ir a Londres lo antes posible y hablar con su madre para saber qué estaba pasando con Minerva. No imaginaba qué podría haber llevado a su hermana a volver a hacer ese viaje, por lo que tenía que ser algo importante.

Una vez hecho eso... Por fin podría decirle a Lucy la verdad de por qué había venido a la casa familiar y estaba preparando la celebración de un baile. Y después, podría comenzar planificar su futuro.

Dios, esperaba que ella quisiera tener un futuro junto a él. Era difícil pensar que una mujer

tan hermosa y vivaz como ella quisiera sentar cabeza con alguien que casi tenía una edad suficiente como para ser su padre.

Cogió la carta de su abuelo y, cuando fue a abrir el lacre, sintió un crujido que procedía del pasillo que lo hizo detenerse.

—¿Lucy?

Sonrió pensativo. ¿Cuándo iba a dejar de merodear por su despacho? En cierto modo, esperaba que eso no se produjera nunca.

Ella entró vacilante y mordiéndose el labio.

—¿Vas a ir a Londres?

Theo dejó escapar un lento suspiro.

—Sí. Necesito hablar con mi madre.

—Suenas a que es importante.

Theo se lamentó para sí mismo. Ella ya había sentido la curiosidad de saber la razón por la que estaba en la casa. Y el hecho de que de pronto se tuviera que marchar iba a aumentar su suspicacia. Podría contárselo todo, pues Lucy era una mujer inteligente, y sabía perfectamente que estaba guardando algún secreto.

Ya les era bastante difícil mantener su relación a escondidas. Ya solo le quedaba confirmar que todo el asunto de la herencia ya estaba resuelto, y se aseguraría de que podría cuidar de ella en el futuro.

—Me gustaría acompañarte —le sugirió.

Theo negó con la cabeza vigorosamente.

—Deberías quedarte aquí.

Lo que menos quería era que Lucy descubriera lo que estaba ocurriendo. Habían prometido mantener lo del testamento en secreto, y no se iba a arriesgar a ponerlo todo en peligro en el último momento.

Ella entrecerró los párpados y se llevó las manos a las caderas.

—¿Te avergüenzas de mí?

Theo frunció el ceño. ¿A qué venía eso?

—¿Lucy?

—¿Estás tratando de deshacerte de mí?

—Por Dios, claro que no.

—Entonces, ¿por qué tienes tantos secretos? ¿Por qué has tenido todas estas reuniones con los abogados? ¿Y por qué regresaste de una manera tan repentina sin dar ni una explicación?

—Lucy, hay una explicación pero... —Suspiró profundamente.

—Pero no deseas compartirla conmigo. No confías lo suficiente en mí.

Unas lágrimas brillaron en sus ojos.

Dios, no era eso lo que pretendía, pero no podía arriesgar la herencia. Y menos cuando estaban a punto de conseguirla. Tan solo necesitaba uno o dos días más. Podría ir a Londres, ver qué pasaba con Minerva y regresar al día siguiente. Con un poco de suerte, para entonces ya sabrían si Angel había completado su tarea y podrían recibir la herencia.

Solo necesitaba un día más.

—Confío en ti plenamente, Lucy.

Ella apretó los labios.

—Sin embargo, no te fíes de mí. —Se apretó la frente con los dedos—. Pensaba que me veías como algo más. Como a alguien importante. Pensaba que tal vez estabas dispuesto a desahogarte conmigo, pero ahora veo que eres incapaz.

—Eso no es cierto.

Theo se puso de pie y rodeó el escritorio para acercarse, pero Lucy retrocedió.

—¡Entonces dime por qué estás aquí! Dime que no tienes la intención de marcharte a Londres para no volver nunca más. —Le temblaba la barbilla—. Después de cinco años regresas sin darme ni una explicación, y cambias mi vida... y juegas con mi corazón... y ahora, no me explicas nada.

—Volveré, te lo prometo.

Ella lo miró a los ojos y él intentó tomarla de un brazo nuevamente, pero lo esquivó. Juraba que si la conseguía abrazar todo iba a ir bien, pero no estaba seguro. Pero Lucy no estaba equivocada. Ya la había dejado una vez, y no tenía motivos para creer que fuera a regresar.

—No sé cómo creerte. —Dijo ella suspirando—. Odias esta casa. Ya me lo has dicho suficientes veces. Pero fui lo bastante tonta como para pensar que podrías llegar a amarla... llegar a amar... —Se interrumpió para hacer una inspiración profunda.

Theo se pellizcó la nariz. ¿Qué podía decirle?

—Pronto podrás venir a Londres a reunirme conmigo. Te lo prometo. Solo tengo que ocuparme de algunos asuntos.

—No quiero ir a Londres. Te quiero aquí. Conmigo.

No tenía tiempo para eso. Le estaba haciendo exigencias que ni siquiera estaba seguro de poder cumplir.

—Lucy, volveré por ti, pero no te puedo garantizar que podamos quedarnos aquí. Esta casa es... —Agitó una mano.

—¿Qué? ¿Es demasiado bonita para ti? ¿Tiene una historia demasiado interesante? —Lucy se pasó una mano por los ojos—. He pasado mucho tiempo cuidándola con la esperanza de que regresaras y la amaras tanto como yo. Quería que te sintieras orgulloso.

—Estoy muy orgulloso de ti —respondió—. Por supuesto que estoy muy orgulloso, pero ya sabes que...

—Estás tan atrapado en el pasado que no puedes avanzar. Debería haberme dado cuenta de eso. Tienes todo lo que yo siempre quise de un hombre. —Hizo un gesto señalando la habitación—. Y estás dispuesto a tirarlo por la borda. —Dijo entrecerrando los ojos.

Theo volvió a intentar alcanzarla, pero Lucy avanzó hasta la puerta.

—Deberíamos hablar de eso...

—No, creo que te tienes que ir a Londres. —Dijo cruzándose de brazos—. Vete y llévate tus secretos.

—Maldita sea, me voy entonces. —Respondió recogiendo la chaqueta.

Si ella no quería entender las razones por las que esa casa le había sido problemática, ya no tenía tiempo para explicárselo. Ni siquiera tenía tiempo. Su obligación era saber qué había ocurrido con Minerva.

Pasó junto a ella completamente acalorado, y se dirigió directamente hacia el exterior para preparar un carruaje. Qué ingenuo había sido imaginar que tal vez iban a poder tener algún tipo de futuro juntos. Lucy nunca se querría ir de esa casa, y él no podía quedarse en ella. Ni siquiera era la diferencia de edad, o el hecho de que él fuera su tutor, lo que les generaba un problema.

Mientras preparaban el carruaje, tuvo que regresar a la casa, pero lo hizo todo muy rápido para no tener que ver a Lucy. No soportaría volver a ver su cara de decepción, ni las lágrimas en sus ojos. No solo no había logrado compensar lo negligente que había sido con ella, sino que además lo había empeorado todo al apresurarse a expresar sus sentimientos por ella, sin tener en cuenta si iban a poder estar juntos. Y como él era el veterano en esta relación, no había cumplido

con su deber. Una vez más, estaba volviendo a cometer errores por culpa de una mujer.

En cuanto el ayuda de cámara terminó de empacar sus pertenencias, bajó apresuradamente las escaleras y se encontró al mayordomo.

—¿Regresará pronto, señor? —Preguntó Barnes mientras le entregaba los guantes.

—Probablemente no —dijo lacónicamente.

Lucy quería que se marchara y no podía culparla de ello.

Mientras el carruaje avanzaba por el camino intentó mantener su atención lejos de la casa, aunque miró hacia atrás durante un instante para observar cómo las columnas se iban haciendo cada vez más pequeñas. La casa iba a seguir viéndose durante al menos otro kilómetro y medio, y sintió rabia por no poder concentrarse en el interior del carruaje. Pero no tenía que preocuparse por la casa. No debía querer ni mirarla.

Pero de pronto su atención se centró en un pequeño resplandor que surgía de una de las ventanas superiores. Se asomó por la ventanilla del carruaje, y le pareció que cada vez se volvía más intenso. Cuando se dio cuenta de lo que ocurría sintió como si le clavaran un cuchillo en el corazón.

Fuego.

Había un incendio en la casa.

Lucy. Y la casa. Tenía que salvarlas.

—¡Detened el carruaje! —Grito abriendo la puerta antes de que se detuviera. Salió corriendo hacia la parte delantera y extendió una mano hacia un lacayo—. Necesito los caballos. ¡Ahora!

Los mozos desengancharon los caballos rápidamente, y Theo hizo un gesto a un joven lacayo.

—Ve en busca de ayuda. Hay un incendio en la casa. ¡Rápido!

Tomó el otro caballo con el corazón latiendo a toda velocidad. Gracias a Dios había cabalgado mucho a pelo cuando era niño. Agarró las crines y se dirigió rápidamente hacia la casa. Aunque el animal corría a un ritmo feroz, no era lo suficientemente rápido.

Lucy podría seguir dentro de la casa. Y mientras él cabalgaba tal vez ella estaría respirando un humo denso. Esa noche podía perderla a ella y a la casa a la vez.

Ella y la casa. Tal vez la casa ya estaba perdida pero... pero joder, también era parte de ella. Si le sucediera algo, Lucy quedaría devastada.

Probablemente nunca había cabalgado tan fuerte ni tan rápido, pero aun así tardó demasiado en llegar a la casa. Se estaba filtrando humo por una ventana... la ventana de Lucy. Apretó la mandíbula con fuerza y comenzó a repetir en silencio una y otra vez una serie de oraciones para que no le pasara nada. Cuando llegó a la fachada, la mayor parte del personal de servicio estaba reunido en el jardín.

Desmontó y corrió hacia Barnes.

—¿Hay alguien más adentro todavía? ¿Dónde está Lucy?

Barnes miró a su alrededor y su actitud normalmente estoica fue reemplazada por unas manos temblorosas y mucho sudor en la frente.

—Yo... he hecho un recuento, pero la señorita Jameson...

Maldita sea. Theo apretó el puño.

Theo hizo un gesto a algunos de los hombres.

—Coged los cubos de arena. Viene ayuda en camino. Tenemos que controlar el fuego. —Tomó a Barnes por los hombros—. Haz otro recuento, Barnes.

Theo se quitó la corbata y se envolvió la cara con ella para entrar en la casa. El humo bajaba

por la elegante escalera, pero no había señales de llamas. Con un poco de suerte, el fuego podría contenerse.

Pero todavía no sabía si Lucy estaba a salvo.

Subió las escaleras de dos en dos y corrió por el pasillo. El humo se hizo más denso y le comenzaron a llover los ojos. Alcanzaba a sentir el calor en la piel, y el brillo ámbar de las llamas se mezclaba con el gris del humo dificultándole la visión.

—¿Lucy? —Gritó—. Lucy, ¿estás ahí?

Enseguida entró en su habitación con el brazo levantado para protegerse la cara del calor. Entrecerró los ojos en la oscuridad y tuvo que luchar contra la tos mientras el humo inundaba sus pulmones. De pronto, una figura oscura atravesó entre el humo, y era más o menos del tamaño de Lucy.

—¡Lucy!

Ella se giró con una manta en la mano.

—¿Theo? —Dijo tosiendo intensamente—. Ayúdame. Podemos apagarlo. ¡Por favor!

Cuando se movió Theo se dio cuenta de que estaba intentando apagar el fuego.

Entonces la agarró de un brazo.

—Es un incendio demasiado grande. Enseguida traerán cubos de arena y la ayuda está en camino.

—Pero la casa... —gritó Lucy.

—Estará bien —te lo prometo—. Me aseguraré de que sea así.

Finalmente Lucy cedió, dejó caer la manta y dejó que la apartara. Theo la rodeó con un brazo, se quitó la corbata de la cara y se la puso sobre la boca mientras la acompañaba hacia las escaleras. Cuando se dio cuenta de que se le doblaban las piernas, la levantó rápidamente en los brazos y bajó corriendo las escaleras para salir cuanto antes al aire fresco.

Cuando el aire limpio llegó a sus pulmones estuvo un rato tosiendo antes de poder controlarse. Enseguida dejó a Lucy en el suelo. La doncella se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara.

—Oh, señorita. Es usted una insensata. Podría haberse matado.

Lucy esbozó una débil sonrisa y luego agarró el brazo de Theo.

—¿Qué pasará con la casa?

—Estará bien. Te lo prometo. La conservaré para ti. —Le dijo e hizo un gesto hacia Lizzie—. Cuídala.

Se puso de pie, detuvo a uno de los hombres que llevaba los cubos de arena y se los quitó.

—Diles a los demás que el fuego está contenido en una habitación. Deberíamos poder apagarlo, pero tenemos que ser rápidos. Manteneos agachados y envolveros la cara con algo.

Theo no esperó la respuesta y regresó a la casa. A su casa. A la casa de Lucy. Tenía que salvarla. Para ella.

Capítulo trece

Lucy se sumergió en el agua fría y se hundió profundamente en el estanque con los ojos cerrados. Pensó que si se hundía lo suficiente, tal vez podría eliminar el olor a humo que parecía persistir en todas partes. Quizás también podría eliminar el sentimiento de haber sido una insensata.

El incendio había sido por culpa suya. Se produjo en un momento tonto en el que dejó una vela encendida mal apoyada justo cuando estaba observando cómo se alejaba Theo. Y sentía que se le rompía el corazón. Cuando corrió a la galería para ver cómo se marchaba, probablemente la vela prendió en una cortina, o en la ropa de cama. Era difícil saberlo por los restos que había en su habitación esa mañana.

Al menos la casa estaba a salvo. El pasillo tenía algunas manchas producidas por el humo, así como la habitación contigua a la de ella. Pero eso había sido todo. La casa estaba a salvo.

Pero Theo casi había muerto por proteger la casa, y lo había hecho por ella. Esa mañana había oído que seguía tosiendo el humo que había inhalado mientras combatía al fuego.

Subió a la superficie, nadó hasta el borde del estanque y luego regresó al otro extremo. Hizo varios largos con mucha intensidad que no consiguieron borrar el enfado que tenía consigo misma. ¡Había sido demasiado infantil! Había muchas más cosas en la vida que una casa, y Theo no debía haberse puesto en peligro por ella.

Se detuvo al final del estanque cuando vio que Theo se dirigía hacia ella. Lo había estado evitando toda la mañana, más que nada por vergüenza. ¿Qué podría decirle después de la discusión que tuvieron? ¿Después de que hubiera arriesgado su vida por ella?

Aun así, solo iba a poder evitarlo durante algún tiempo. Suspiró profundamente y nadó por el estanque hasta la orilla justo cuando él acababa de llegar. Theo se sentó en el borde de piedra y ella apoyó los codos junto a él.

—¿Cómo... cómo te sientes? —Preguntó tentativamente.

Theo esbozó una media sonrisa.

—Un poco cansado, pero estoy bien.

—Lo siento mucho, Theo. Todo fue por mi culpa. Una equivocación absurda. Pensarás que después de todos estos años cuidando la casa, no debería cometer ese tipo de equivocaciones...

Theo le puso un dedo en los labios.

—Shhh. Estas cosas pasan. Sin duda no habrías sido tan olvidadiza si no hubieras estado tan enfadada conmigo.

—También lo siento por eso. Tienes cosas que hacer, lo entiendo y comprendo por qué no quieres esta casa. Te lo prometo.

La sonrisa de Theo se suavizó y miró hacia la casa.

—Sabes... puede que me haya equivocado en eso.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que todavía odiaba la casa, pero mientras venía a buscarte, me acordé de todos los momentos que hemos compartidos juntos. Cuando nos sentamos en esa colina... —Señaló hacia la cima de la colina que dominaba el edificio—. O cuando desayunábamos, o cuando bailamos en el salón de baile. —Extendió la mano y le acarició una mejilla—. Esta casa es parte de ti. Y yo te amo. Por lo que también debo amar esta casa.

Lucy sintió que dejaba de respirar.

—¿Me amas?

Theo asintió.

—Mucho.

—Yo también te amo. —Dijo acercando la cara a su cálida mano.

La sonrisa de Theo aumentó.

—Aunque debería explicarte por qué he estado siendo tan evasivo.

—No, no importa ahora.

—Sí importa. Prometo ser siempre honesto contigo en el futuro. —Dijo con un suspiro—.

Es una historia un poco extraña.

—Continúa... —lo animó a seguir.

—Mi abuelo por parte de madre murió recientemente. Es posible que hayas escuchado hablar de ello.

Lucy asintió.

—Nos tenía que dejar una herencia considerable y, como sabes, a esta propiedad le iba a venir muy bien. Se suponía que la mayor parte iba a ser para mi madre, o para mí.

Le pasó el dedo pulgar por el labio inferior y trazó su contorno. Lucy sintió un pequeño escalofrío pero no era por el frío del agua del estanque.

—Pero mi abuelo, siempre muy sabio, quería dividir la herencia entre mis hermanos y yo. Lo cual es muy justo. Pero, nos exigió que cada uno cumpliéramos con una tarea. Por eso, durante los últimos dos meses, los cuatro hemos estado siguiendo las instrucciones de nuestro abuelo para poder recibir la herencia.

—¿Y cuál era tu tarea?

—Tuve que venir a quedarme aquí durante los dos meses.

—Es lo que has hecho, pero... —Lucy frunció el ceño—. Tus dos meses han terminado, y por eso te marchabas.

—Por eso vino el señor Barton. Para asegurarse de que mi tarea había terminado. Pero no tenía la intención de desaparecer y dejarte aquí sola. De hecho, había pensado llevarte conmigo a Londres tan pronto como terminara con lo que había prometido hacer, pero el abogado me informó de que Minerva había regresado a Escocia y necesitaba saber qué le había pasado.

—¿Minerva fue a Escocia? Pero si ella nunca...

—Sí, lo hizo. Al parecer ha ido dos veces.

—Dios. —Lucy lo miró—. ¿Pero por qué no me lo has contado antes? Si necesitabas asegurarte de que Minerva estaba bien, lo habría entendido perfectamente.

—También habría tenido que decirte la razón, y todos prometimos guardar secreto sobre este asunto. Probablemente mi abuelo quería asegurarse de que no tuviéramos ayuda externa. —Le explicó sonriendo irónicamente.

—Oh.

Theo se rio entre dientes.

—Hay muchas cosas que entender, lo sé.

—Entonces... ¿qué va a pasar ahora que me lo has contado?

—Con suerte, nada. De todos modos, debería habértelo explicado. El señor Barton está satisfecho de que haya cumplido mi tarea. Pero ya me conoces, Lucy, siempre respeto las reglas.

—Te conozco. —Dijo sonriendo—. Y te amo.

—Dios, Lucy, dilo de nuevo.

—Te amo.

Tomó su rostro entre las manos y se inclinó para presionar su frente contra la de ella.

—Nunca te sacaré de aquí, lo prometo. Mientras estés aquí, este va a ser mi hogar. Sé cuánto necesitas esta casa.

—Te necesito más a ti. —Lucy le rodeó el cuello con sus brazos mojados para acercarse a él —. Me marcharía si así lo quisieras, ¿sabes? Siempre que fuera contigo.

—Bueno, nunca te lo voy a pedir.

Ella se rio.

—Sabes, pensé que tenías la intención de sacarme de aquí y casarme.

Theo se rio entre dientes.

—Bueno, sigo queriendo casarte. Quiero decir que me gustaría que fuera conmigo... — Murmuró una maldición—. Estoy intentando pedirte que te cases conmigo de una manera completamente espantosa.

Lucy sintió un calor intenso y apareció en su rostro una sonrisa que no pudo controlar.

—¿De verdad?

Theo asintió apoyado contra su frente.

—De verdad.

—Sí —logró susurrar ella.

—¿Perdona?

—¡Sí! —Dijo y soltó sus brazos para chapotear hacia atrás en el estanque—. ¡Dije que sí, sí, sí!

Theo se puso de pie riéndose y le indicó que saliera del estanque.

—Deberíamos ir a casa.

—Deberías meterte al agua conmigo.

—Lucy... —Su voz sonó como si fuera una advertencia—. Mejor voy a regresar a la casa — le dijo—. ¿Te quedas aquí?

Lucy se puso de pie, consciente de que su camisola trazaba sus curvas y dejaba ver casi todo su cuerpo. Algo muy parecido a lo que había hecho cuando Theo llegó a Eastbrook. Pero esta vez no se estaba avergonzada de sí misma. Especialmente cuando vio la forma en que Theo la miraba de arriba abajo con una enorme avidez.

Lucy avanzó hacia la orilla y se detuvo en el borde del estanque, directamente frente a él.

La mirada de Theo permanecía fija en ella. Lucy le sonrió de nuevo y le extendió una mano.

—Ven conmigo. El agua no está tan fría.

Theo se agachó y, con los dedos temblorosos, se quitó los zapatos y las medias. Después, miró a su alrededor y se sacó el resto de la ropa. Solo se dejó puesta la camisa.

La sonrisa de Lucy aumentó cuando vio la evidencia de su excitación presionando contra la tela de la camisa.

Theo se aclaró la garganta.

—¿Estás segura de que es una buena idea? — Le preguntó.

—Muy buena idea —respondió ella divertida lanzándose nuevamente a nadar por el estanque.

Aunque ansiaba tocarlo, se quedó donde estaba, esperando que él la alcanzara.

Theo se sobresaltó cuando se metió en el agua.

—No sé cómo puedes hacer esto todos los días.

El agua estaba justo por debajo de los pechos de Lucy cuando la alcanzó, pero se detuvo a menos de medio metro de distancia.

—Nadie puede vernos —le susurró ella—. Todo el mundo sabe que tiene que evitar venir al

estanque por la mañana.

Enseguida extendió una mano y la metió entre los pliegues de su camisa para acariciar su torso desnudo. Tenía el cuerpo muy caliente. Cerró los ojos y también llevó la otra mano a su pecho para sentir cómo se estremecía con sus caricias.

Theo entonces la agarró por los brazos y la atrajo hacia él para besarla intensamente. Ella le respondió fundiéndose con su cuerpo, apretando sus pechos y su torso contra el suyo.

Theo la besó con avidez, le mordisqueó los labios y pasó delicadamente su lengua por ellos, hasta que Lucy, de pronto, sintió que su miembro erecto se apretaba contra su vientre. Enseguida movió las manos desde el pecho hasta la cintura, y las metió con gran entusiasmo por debajo de su camisa para acariciar su espalda.

Pero no era suficiente. Y nunca iba a ser suficiente.

Lucy, entonces, lanzó un grito de sorpresa cuando Theo le agarró un muslo con una mano y se lo rodeó con una pierna. De inmediato, metió una mano por debajo de su camisola, y la deslizó por su pierna acariciándola intensamente. Lucy casi estuvo a punto de lanzar un grito de placer.

Pero se subió encima de Theo, y se apretó con tanta fuerza contra él, que se vio obligado a inclinarse ligeramente hacia atrás. Lucy, entonces, dejó que su boca vagara libremente por sus pómulos, su nariz y su frente. Lo besó en todos los lugares a los que alcanzaba a llegar. Mientras, Theo la seguía sujetando con fuerza desde la parte baja de la espalda.

Pero rápidamente, la mano con la que le había estado acariciando el muslo subió hasta su entrepierna, y de pronto, Theo, con la respiración entrecortada, introdujo dos dedos a través de sus pliegues suaves como pétalos de rosa, que el agua hacía que fueran aún más sedosos.

Lucy jadeó de placer cuando comenzó a sentir que sus dedos se movían vertiginosamente. Echó la cabeza hacia atrás, expuso su cuello y separó los labios mientras una gran oleada de placer recorría todo su cuerpo. Theo hundió los dedos más profundamente, y añadió un tercero. Lucy se retorció de satisfacción pegada a él y soltó un profundo gemido.

—¿Te gusta? —Preguntó Theo jadeando mientras apretaba los labios contra su cuello—. ¿De verdad? Lucy...

—Sí —respondió ella jadeando—. Te deseo. Por favor, Theo. Tómame.

Se estremeció cuando retiró los dedos, y por fin liberó su erección.

Rápidamente, Lucy rodeó su miembro con una mano con los ojos muy abiertos. Nunca antes había visto, y mucho menos tocado, el miembro de un hombre. Afortunadamente, sabía cómo proporcionarse placer a sí misma, pero nada la había preparado para lo que estaba viendo.

Un gemido escapó de sus labios de Theo cuando comenzó a manipular su miembro de arriba a abajo por debajo del agua. Lucy apretaba su boca contra la suya hasta casi llegar a sofocarlo.

Entonces, Theo agarró la parte inferior de su camisola y la levantó pasándola por su vientre, sus pechos y su cabeza. Arrojó la tela a un lado, y la dejó flotando junto a ellos. El agua les llegaba hasta los hombros, y tenían la mirada fija el uno en el otro mientras se tocaban, acariciaban y jadeaban intensamente en los oídos del otro.

Hasta que, finalmente, Lucy le rodeó la cintura con ambas piernas y apretó su vagina contra su miembro. Theo, entonces, comenzó a empujar lentamente y con mucho cuidado para penetrarla. Ella jadeaba con la boca muy abierta mientras sentía cómo su miembro entraba centímetro a centímetro en su cuerpo. Cuando por fin levantó la cabeza hacia el cielo retorciéndose de placer, le temblaban hasta los párpados.

Theo esperó hasta que ella se acopló perfectamente y empezó a moverse lenta y

delicadamente. Y aunque comenzaron con embestidas y movimientos un poco descuidados, en cuestión de minutos alcanzaron un ritmo perfecto y trepidante que los dejaba colmados de placer.

Lucy se detuvo un instante al sentir que estaba a punto de alcanzar el clímax. Lo agarró por los hombros resoplando, cerró los ojos fuerza, arrugó la frente y soltó un grito silencioso con la boca muy abierta.

Y enseguida sintió que él también se iba a liberar perdiendo todo el control. Continuaron moviéndose como un solo cuerpo, un solo alma, hasta que Theo tuvo un orgasmo dentro de ella, mientras emitía una serie de sonidos guturales de placer. Lucy, a su vez, continuó jadeando y resoplando durante un buen rato.

Cuando terminaron, Lucy se desplomó contra él, y Theo la abrazó con fuerza. Sus cuerpos resbaladizos por el agua y el sudor estaban fusionados, así como sus corazones, que latían el uno contra el otro.

—Siempre volveré a buscarte —le prometió Theo—. Siempre.

Epílogo

Angel dio un salto hacia Theo con una amplia sonrisa, y él, muy contento, le respondió con otra. Después, se situó a su lado, y se unió al resto de sus hermanos que estaban observando el baile. Entre las muchas personas que había reunidas en el reluciente salón de baile, Lucy debía estar en cualquier parte asegurándose de que todo continuaba funcionando sin problemas. En breve, Theo tendría que ir a hablar con ella para comprobar si realmente estaba disfrutando del fruto de su intenso trabajo.

—Nunca pensé que llegaría el día en que te iba a ver sonriendo en un baile, hermano —dijo Angel, con un brillo travieso en sus ojos.

—Bueno, a ti no es ninguna sorpresa verte sonreír, querida hermana. Estás de vuelta en tu hábitat natural —bromeó.

—Es un alivio. Aunque tengo muchas ganas de volver a Berkshire. Ayer recibí una carta de la señora Stone, y ya añoro su compañía.

Seth le dio un pequeño empujón con el codo.

—Pero parece que añoras sobre todo la compañía de *cierta* persona. Es una pena que no pueda estar aquí esta noche.

Angel hizo un gesto con la mano.

—A Roo no le gustan mucho los bailes, tal vez incluso menos que a Theo. Esperaba que viniera esta noche pero, desafortunadamente, entre su tía y sus negocios, no pudo hacerlo. —Dijo encogiéndose de hombros—. ¡Nos casaremos en Navidad y, para entonces, ya podré convencerlo para que asista a todos los bailes que quiera!

Theo no sabía si sentir lástima por ese hombre. Seguramente el señor Hunter debía saber lo que estaba haciendo con Angel. No había forma de ocultar una personalidad tan vivaz. Angel parecía contenta, y Minerva le había confiado que estaba profundamente enamorada, a pesar de que nunca confesaba ese tipo de sentimientos.

—Oh, mira, ahí está el duque de Norwick. —Seth se inclinó hacia adelante para verlo—. Me han contado que su compromiso no llegó a buen puerto. Quizás tenga el corazón roto por haberte perdido, Angel.

Angel hizo un chasquido de desdén.

—Si no pudo ver lo que tenía delante, fue por culpa suya. No me importa en absoluto su ducado.

—Porque tienes algo mucho mejor —dijo Minerva con una sonrisa.

Por primera vez en su vida, vieron que Angel se ruborizaba. Theo tuvo que apretar los labios para no reírse. Le hacía muy feliz que su hermana hubiera conocido al señor Hunter. Aunque Angel no era fácil calmar, estaba ejerciendo una buena influencia sobre ella.

—Bueno, tú ya debes de saber muchas cosas acerca del matrimonio —le dijo Angel a Minerva con una sonrisa tímida.

Minerva los había sorprendido a todos, aparte de a su madre, aparentemente, al fugarse con un escocés.

Aunque quizá la palabra sorpresa se quedaba corta. El simple hecho de que Minerva hubiera disfrutado de su viaje a Escocia, aparte de que después regresara para casarse con un escocés, los había dejado a todos prácticamente sin palabras. Incluso a Angel.

Sin embargo, Minerva había vuelto de Escocia y había llegado al baile acompañada de su nuevo marido. Su hermana estaba más feliz de lo que nunca la había visto, y los miedos de su pasado se habían quedado atrás... en el pasado.

—No eres la única espontánea de la familia —comentó Minerva.

Angel se rio.

—Sí, Min, ¡pero nunca me he fugado con nadie! No creo que Roo lo permitiera.

—Fue por culpa de mamá. Metió una nota en mi equipaje que decía que si no volvía casada, se enfadaría conmigo. —Los labios de Minerva se curvaron—. Lo cual era muy gracioso porque antes me había hecho prometer que no me iba a fugar.

—Me imagino que quería estar segura de que sabías exactamente lo que estabas haciendo antes de darte la bendición —comentó Theo—. Sin embargo, me hubiera gustado haber conocido a tu marido antes de que te casaras con él.

Angel se llevó un dedo a los labios.

—Oh, shhh, Theo. Min no es tonta. Ella nunca elegiría a un hombre que no sea inteligente, y Lachlan, además, es un encanto.

—No creo que a ningún hombre le guste que lo llamen el “querido” de una mujer —murmuró Seth.

—Bueno, me alegro de que estés feliz —le dijo Theo a su hermana con absoluta sinceridad.

Y aunque no era lo más escandaloso que le había pasado a la familia, esperaba que fuera la última sorpresa. Con tantos matrimonios y compromisos repentinos, su familia se había convertido en objeto de muchas habladurías. Pero, al menos, eran comentarios positivos. Mucho mejor que ser objeto de burlas por sus dificultades financieras, o por las actividades de su difunta esposa.

—Te quedarás para mi boda, ¿no? —Preguntó Seth.

Minerva asintió.

—Sí, estamos viviendo este viaje como si fuera una especie de luna de miel. Quiero llevar a Lachlan a la casa de la costa, pero volveremos con tiempo de sobra para tu boda. —Minerva miró a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está Prudence?

Los labios de Seth se curvaron.

—La dejé en la biblioteca.

Angel se sorprendió.

—¿Cómo le has hecho eso a tu prometida?

—Créeme, a ella le gusta. La arrastraré un ratito hasta el salón para que baile conmigo y, después, haré que regrese con sus libros. Sé que ya ha encontrado varios volúmenes que probablemente se querrá robarse escondiéndolos debajo de la pelliza, Theo, así que ten cuidado.

—Voy a intentar descubrirla antes de que nos vayamos. Y voy a consultar en la biblioteca de la casa de la costa para ver si encuentro algo útil para su investigación —sugirió Minerva.

—Sin duda le va a encantar. —Seth sacó su reloj de bolsillo y miró la hora—. Se lo voy a ir a contar ahora mismo. Ya es hora de que la saque para que haga una breve aparición pública.

Angel sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Quién hubiera pensado que te ibas a casar con una intelectual. Pero me alegro de que finalmente hayas encontrado a tu pareja, Seth.

—O tal vez ella encontró a su rival —respondió.

Enseguida observaron cómo Seth se desplazaba por el salón de baile para ir a buscar a Prudence. Angel se volvió hacia Theo.

—¿No deberías ir tú también a buscar a tu futura novia? Ya es hora de que os veamos bailar

juntos.

—Enseguida voy. —Respondió manteniendo una postura rígida para no revelar lo ansioso que estaba por tener a Lucy en sus brazos.

Angel lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en él.

—Oh, querido hermano, sabes que no hace falta que nos ocultes tus emociones, ¿no? Somos tus hermanos, finalmente. Lucy es una mujer excelente y ha hecho un trabajo maravilloso en esta casa. Es increíble ver que de nuevo se está usando.

Theo no podía negarlo. Ver la casa llena de gente, y disfrutar de ella como siempre debía haber sido, hizo que incluso su corazón se sintiera un poco extraño. Y todo había sido gracias a Lucy.

—Tengo la intención de pasar mucho más tiempo en esta casa, tal como mi padre hubiera querido. —Suspiró y se permitió sonreír—. Y Lucy quiere que sea así.

—Y, por supuesto, ahora que tenemos nuestra herencia, ya no es necesario que te mates a trabajar. —Angel se apartó un poco de Theo—. Oh, veo a lady Savage. Tengo que ir a hablar con ella. —Dijo bajando la voz—. Aparentemente, su hermano fue descubierto hace poco con una dama de mucha alcurnia.

Cuando Angel se escabulló, Minerva se situó a su lado.

—Supongo que ni siquiera el matrimonio la va cambiar demasiado —comentó.

—Pero creo que no es algo malo. Tiene que compensar lo serio que soy yo. — Theo se volvió para observar a su hermana, que parecía más saludable que nunca. Aunque todavía estaba pálida, se veía claramente que le había dado el sol. Y ya no tenía sus constantes arrugas de preocupación alrededor de sus ojos—. El matrimonio te ha cambiado mucho.

Ella sonrió y asintió.

—Sí, para mejor.

Theo tomó las manos de Minerva entre las suyas.

—Agradezco mucho que sea así. ¿Disfrutarás de la vida en Escocia? Espero que esto no te conviertas en una extraña para nosotros.

—Nunca. Pero sí, disfruto mucho de la vida en Escocia. Creo que me siento mejor que vivir en Londres.

—Me alegro.

Minerva apretó los labios.

—¿Crees que el abuelo podría haber sabido que todos nos íbamos a enamorar? Quiero decir, ¿cuáles eran las posibilidades de que ocurriera algo así?

—Creo que las posibilidades eran escasas. Pero también creo que el abuelo no era ningún tonto. Sabía que las tareas que nos encomendó cambiarían nuestras vidas de una u otra forma.

—Cuando vi lo que tenía que hacer, pensé que me iba a morir. Pero en lugar de eso, comencé a vivir. —Sus ojos brillaron al aparecer unas lágrimas y tuvo que resoplar—. Siempre estaré agradecida al abuelo por obligarnos a realizar estas tareas.

—Yo también. —Theo se fijó en Lachlan—. Creo que tu marido ya está listo para bailar. Si yo fuera tú, iría con él de inmediato. Esta siendo bastante popular entre las damas.

Minerva se rio.

—No puedo culparlas, pero supongo que será mejor que vaya y reclame mis derechos.

Una vez que su hermana estuvo a salvo en los brazos de su marido, Theo miró por toda el salón en busca de Lucy, hasta que la encontró junto a una de las puertas hablando con un lacayo. Theo había traído un equipo completo de sirvientes, y tenía la intención de mantener todo el personal en la casa en el futuro. Todavía tenía que ir a Londres, y Lucy había aceptado

acompañarlo mientras las visitas fueran cortas.

También tenía la firme intención de que fueran breves. Al mirar el concurrido salón de baile, no imaginaba que pudiera querer irse lejos durante mucho tiempo. De hecho, en principio no tenía ninguna intención de organizar bailes cada mes, pero al ver la casa iluminada y llena de risas se acordó de que esa propiedad no era solo para él. No era un lugar que para mantener escondido y cerrado. Miró a sus hermanos y se permitió sonreír de satisfacción. Iba a ser un lugar en el que su familia siempre se iba a poder reunir, incluso cuando fuera aumentando la descendencia. Iba a ser el tipo de casa que su abuelo y su padre siempre habían querido que fuera.

Se dirigió hacia Lucy y le tomó la mano cuando se alejó del sirviente.

—¡Theo!

—Basta de trabajar. Ya es hora de que disfrutes del fruto de tu trabajo. Ven y baila conmigo.

Lucy lo miró de arriba abajo y sonrió. Por Dios, quería celebrar la boda cuanto antes. Estaba deseando tener el derecho a llamarla su esposa. Pero por desgracia, Seth iba a celebrar su boda en poco tiempo, y la suya tendría que retrasarse un poco. Pero no iba a ser mucho tiempo. Al menos era lo que se decía a sí mismo. Por el momento tendría que contentarse con momentos robados y bailes públicos.

—Muy bien —aceptó Lucy y dejó que la llevara a la pista mientras el maestro de ceremonias anunciaba el siguiente baile.

Un baile, por supuesto, que Theo había estado reservando específicamente para ella. Un vals que le permitiera llevarla en sus brazos y presumir de ella ante todos. Se habían producido algunos comentarios triviales sobre su relación, pero uno de los beneficios de ser marqués era que podía salirse con la suya casi siempre, como casarse con su propia protegida. Sin embargo, era impactante para un hombre como él, a quien todo el mundo consideraba muy leal.

Pero podría soportar perfectamente un pequeño escándalo... siempre y cuando pudiera casarse con Lucy.

—Todo el mundo parece estar divirtiéndose —dijo Lucy poniendo una mano sobre su hombro.

Theo la estrechó hacia él, tal vez más de lo debido.

—La verdad es que sí, y es gracias a ti.

—Pero tú fuiste quien insistió en celebrar un baile, ¿te acuerdas?

—Bueno, técnicamente, fue mi abuelo quien quiso que organizara un baile. —Respondió avanzando al compás de la música y haciendo que Lucy diera vueltas por la pista—. Lo reconozco, tenía toda la razón al pedirme que lo hiciera. Especialmente si ahora puedo tenerte en mis brazos.

—Puedes tenerme en tus brazos siempre que lo desees. Especialmente cuando ya estemos casados —respondió con una gran sonrisa.

—Créeme que lo haré, Lucy. Todas las veces que pueda —le prometió dándole un beso en la frente—. Te lo prometo.

FIN